

## CAPITULO IV

Carta 6.ª del Reverendo Padre Moreno.--Cartas 6.ª, 7.ª y 8.ª--  
Mes de María en La Candelaria de Bogotá.--Carta 9.ª,  
1.ª del Padre Marcos Bartolomé.--Carta 10.ª, 2.ª del Pa-  
dre Marcos Bartolomé.--Carta 11.ª, 3.ª del Padre Marcos.--  
Carta 12.ª, 1.ª del Padre Manuel F.--Carta 13.ª, 4.ª del Padre  
Marcos.--Carta 14.ª, 5.ª del Padre Marcos.--Carta 15.ª, 6.ª del  
Padre Marcos.

### I

#### CARTA QUINTA

Santa Elena, 25 de Enero de 1891.

Mi querido Padre Santiago:

Escribí mi última en Marroquín, con fecha 9 del actual, aprovechando la vuelta á Labranzagranda de D. Cipriano Chaparro, que tuvo la amabilidad de acompañarnos en el viaje, é hizo la caridad de darnos varias cosas que nos han servido de mucho por estos Llanos: Dios Nuestro Señor le recompense todo abundantemente.

Hoy aprovecho otra ocasión que se presenta y es la vuelta de nuestro buen amigo y guía doctor Medina, Cura de Labranzagranda, que teniendo obligaciones en su pueblo, no pueda acompañarnos más. El llevará ésta hasta Labranzagranda y la pondrá en el correo que de allí sale para Segamoso.

Pasámos el día 10 en Marroquín confesando, casando y bautizando. Por la noche prediqué á un auditorio más numeroso que el de los días anteriores.

A las diez de la mañana del día 11 salimos de Marroquín con dirección á los Llanos. A la hora y media de camino la carga de una de las bestias pegó é dio contra un árbol y cayó en tierra. La bestia, asustada, echó á correr arran-

trando una de las petacas que había quedado amarrada. El ruido de la petaca arrastrada enfurecía más y más á la bestia y la hacía correr con más desesperación, gracias á que íbamos tres adelante y pudimos detenerla, aunque con bastante trabajo. Mientras que esto sucedía, otra bestia cayó por una gran pendiente y no fue posible volverla á subir sino rozando mucho bosques por la parte menos pendiente. La operación duró una hora, y como los arrieros estaban ocupados en ella y las demás bestias quedaron solas, dos de ellas tomaron el camino de Marroquín, y hubo que ir á buscarlas. Las encontraron á media hora y seguimos nuestra marcha.

En la vega de Fouseca, que es una pequeña autasala de los Llanos, cayó de nuevo la misma carga porque el machito que la llevaba sabía sacudirse admirablemente. Tuvímos, pues, que parar otro rato, recibiendo un sol abrasador, y la carga se puso en otra bestia, sirviendo el machito para silla. Así seguimos sin tropiezos hasta la orilla del río Oravo, en donde tomámos unos bocados con un poco de guarapo. Concluido el corto refrigerio, pasámos el río por la parte menos honda, y entre cuatro y media y cinco de la tarde entrámos en los desecados Llanos de Casanare, tan temidor de la multitud por sus fiebres, tigres, serpientes, etc. etc. [Qué panorama tan hermoso se presenta á la vista! No es posible describirlo; hay que verlo. Por unas partes se pierde la vista sin encontrar objeto alguno, y por otra, forman el horizonte los árboles y espesura que hay en las orillas de los ríos y esteros ó caños, como por aquí dicen. A veces se figura uno hallarse en alta mar, diviseando islas á lo lejos, pues como tales se presentan en estas inmensas llanuras ciertos pequeños grupos de árboles, ó palmeras, ó matas de cañas que se encuentran de trecho en trecho en las sendas que hay trazadas. También pudiera decirse que son verdaderos oasis colocados por la Providencia para poder tomar un descanso á cubierto de los abrasadores rayos del sol. Las pocas reses que se ven por aquí en comparación de las ranchas que podía haber, aprovechan la

sombra que proporcionan esos grupos de matas, descansando debajo de ellas en las horas de más calor. También nosotros disfrutámos del fresco que proporcionan, en los ratos que teníamos que esperar á las cargas en los días siguientes.

Nos cogió la noche antes de llegar á la casita donde íbamos á descansar, y como en este tiempo queman la yerba seca de estas grandes llanuras, se veía el fuego por una y otra parte. Cuando sólo se veía en el horizonte el reflejo de fuegos que estaban lejos, ese reflejo semejaba una hermosa aurora boreal, ó creía uno que estaba próximo á salir otro sol.

Llegámos á la casita á las ocho de la noche, y la buena señora que nos esperaba tenía preparada una cejita que tomámos todos con gran apetito. Después de la cena, como eran cerca de diez horas las que habíamos pasado montados en los caballos, guindámos las hamacas, nos encomendámos á Dios un corto rato y nos acostámos. A pesar del cansancio no fue mucho lo que dormímos, porque el corral de las vacas estaba inmediato á la casa, y no cesaron de mugir en toda la noche, y las mosquitos tampoco cesaron en su empeño de llenarnos de nuestra sangre.

Llegó la madrugada del día 12, y, dejando la hamaca, nos pusímos en oración. Estando en ella, uno de los arrieros que estaba por fuera de la casa, dijo: ya sale el sol, ¡qué grande! Yo que había oído á muchas personas que el sol de los Idanos es digno de verse en su salida, terminé mi oración y salí de la casita para verle. En efecto, el sol se presentaba grande, como dijo el arriero, bello y hermoso. He visto salir el sol por muchos mares y no recuerdo haberle visto tan grande á la simple vista. Preparámos inmediatamente el altar y celebrámos Misa cantada, siendo los cantores el Hermano Isidoro y los Padres Manuel y Marcos. Después de alzar, cantaron el Corazón Santa. El acto estaba devoto y conmovedor; yo á lo menos confieso que me sentí conmovido al ocurrirme el pensamiento de que en estas inmensas llanuras no se ofrecía á Dios otro sacrificio, y que el Señor lo recibiría sin duda algu-

na con agrado. ¡ Bendito sea Dios y alabado sea en todo lugar ! El doctor Medina celebró inmediatamente, y mientras se confesaron la señora de la casa y dos criados que comulgaron á la Misa, también comulgaron los Padres, porque no habían de celebrar, para no perder tiempo y marchar pronto, pero no nos salió bien la cuenta. Cuando fueron á buscar las bestias, encontraron cuatro mocos que se habían marchado. ¡ Cómo encontrarlas y dónde, en estas inmensas llanuras ! Montaron los peones en algunas de las que quedaron y fueron á buscarlas, pero no volvieron con ellas hasta las cuatro de la tarde, hora en que yé no era posible emprender viaje alguno. Se perdió, pues, el día y nos vimos precisados á pasar la noche en la misma casa. Nada nos faltó, porque la señora de la casa había mandado matar una becerra, y tuvimos carne y plátanos en abundancia.

Amaneció el día 13, y celebraron el Padre Manuel y el doctor Moreno. Comulgamos los restantes, más tres personas que confesó, llegadas de una casa que estaba una hora de la nuestra. Se administró también el Sacramento del bautismo á un niño. Almorzamos á las ocho, é inmediatamente emprendimos nuestra marcha. Pasámos por frente á un sitio donde antes hubo un pueblo llamado Tabuana y encontramos cuatro casas en el trayecto de hora y media que hay hasta llegar á otra que llaman Morichal, donde parámos á esperar las cargas.

Antes de llegar pasámos el caño Oleiva, y caminámos un rato por las márgenes del río Charío. Mientras llegaron las cargas confesámos un enfermo y se administró un bautismo.

A las tres de la tarde encontrámos otra casa donde parámos para comer, y después de la comida seguimos caminando hasta las cinco y media de la tarde, hora en que llegámos á la casa de un señor llamado José Muza, donde nos quedámos á pasar la noche. El sitio era agradable por su posición y temperatura. No había mosquitos como en otras partes y agradaba la rupa por la noche.

En la madrugada del día 14 se administró el bautismo á un niño y confesámos á ocho personas que comulgaron en la Misa que celebró el Padre Marcos. Almorzámos lo antes posible, y á las nueve estábamos ya en marcha. A los tres cuartos de hora no volamos ya las cargas y parámos á esperarlas en una casa llamada Santo Domingo, donde nos sirvieron un almuerzo que no aceptámos porque habíamos almorzado hacía poco; sólo tomámos un café. Mientras llegaron las bestias nos distrajo agradablemente la operación de enlazar reses, viendo la habilidad con que los peones tiran el lazo á carrera tendida de caballo, y enlazan las vacas.

Seguímos nuestro viaje con un hombre práctico que nos diéron en la casa, y atravesando llanuras larguísimas sin encontrar ni casas ni sér humano alguno, caminámos hasta las tres de la tarde, hora en que llegámos á una pequeña casa donde parámos á comer lo poco que se llevaba preparado. La gente de la casa aumentó nuestra comida con un plato de plátano frito. A las cuatro seguimos nuestro camino, y á las seis y media llegámos al pueblcito de Mani, donde apenas encontramos gente, porque no nos esperaban, á pesar de haber mandado aviso hacía quince días por un despachero. Tomámos una pequeña cena, y después de rezar el Santo Rosario y hacer la oración de la noche, nos acostámos.

Celebrámos todos el día 15 en la iglesita del pueblo y descansámos hasta las doce, que reunimos la gente para enseñarles la doctrina. Es una lástima ver á toda la gente de los llanos sumida en la mayor ignorancia respecto á las verdades de nuestra Sagrada Religión. Muchos no saben ni santiguarse, y hay que enseñarles todo. Mucho bien se puede hacer por aquí, y mucho se debe esperar hagan nuestros misioneros con la ayuda del Señor. Los yá bautizados se hallan en tanta necesidad como los no bautizados. Por la tarde cantámos unas vísperas á San Roque, rezámos el Santo Rosario y prediqué á las pocas personas que había.

En la mañana del 16, después de haber celebrado las

Misas rezadas, cantó el doctor Medina una Misa á San Roque, en la que prediqué en honor del Santo. Hicimos todas de cantores y habla unas cuarenta personas.

En la comida, entre otras cosas, nos dieron casabe, que es una masa de yuca machacada y tostada al fuego. Dícen los de por aquí que el casabe es lo que se moja sabe. En efecto, es muy insípido y muy áspero.

Por la noche cantámos otras vísperas, se rezó el Santo Rosario, y prediqué con algo más de concurrencia que en la noche anterior. Cuando volvímos á casa se presentó un hombre diciendo que había uno gravemente enfermo, á doce horas de distancia. No habiendo quien pudiera socorrer á ese enfermo, si no lo hacíamos nosotros, la caridad nos exigía ese sacrificio, y arreglé todo para emprender el viaje al día siguiente.

Celebré, pues, á la madrugada al día 17, para emprender viaje, pero no pude salir hasta las ocho y media de la mañana porque el hombre que me había de acompañar no estaba preparado. Caminámos hasta las doce y media y parámos á comer en una casita que encontrámos. A las dos emprendímos de nuevo la marcha y llegámos á casa del enfermo á las seis y media de la tarde. Le encontré algo mejor de lo que decía y aun creo que fuera de peligro; di por bien empleado mi trabajo, porque lo confesé, y al día siguiente practiqué unas informaciones para casar á una pareja que vivía en pecado; confesé á otra persona y bauticé á un niño. Después de esto me dieron un regular almuerzo, y á las nueve y media de la mañana salímos con dirección á la casa de otro enfermo, que nos dijeron estaba agonizando. Caminámos hasta las dos y media y parámos á comer algo en una casita. Salímos á las tres y llegámos á la casa del enfermo á las cinco y cuarto. Confesé al enfermo, á quien encontré verdaderamente grave. A las siete y media de la noche me sirvieron un caldo con un huevo batido, que tomé con una coochita que pusieron en la-

gar de cucharas, y poco después, hecha mi oración, me acosté porque me hallaba muy cansado.

En la mañana del 19 confesé á tres personas de la casa del enfermo; me sirvieron un almuerzito y me puse en camino, á las ocho y media de la mañana, con dirección á Maní. Anduvimos despacio, porque las bestias estaban muy cansadas con las jornadas de los días anteriores, y llegamos á Maní á las doce y media, encontrando buenos á todos los compañeros. Estos habían enseñado la doctrina y predicado por las tardes y también por las mañanas en fiestas encargadas en honor de Jesucristo Crucificado, de la Virgen del Rosario y San Roque. Se reunió mucha gente por fin, se confesaron muchos, se bautizaron 27 y casaron 13 parejas. Por la noche sacámos en procesión á San Roque y á Nuestra Señora del Rosario, rezámos después el Santo Rosario y les prediqué despidiéndolos de ellos. Las pobres gentes lloraban desconsoladas; y al salir de la iglesia no cesaban de preguntar si volveríamos alguna vez al año, siquiera. No será difícil que se les visite, porque regularmente los Padres se quedarán por aquí.

El día 20, aunque nos alistámos para salir algo temprano, no pudimos hacerlo hasta las once de la mañana, porque nos entretuvieron con bautismos y otras necesidades. Partimos, pues, á las once, mandando las cargas en un barquito, por el río Curziana. Como íbamos solos, pudimos correr bastante con las mulas. A las cuatro de la tarde parámos á tomar un refrigerio cerca de un caño, donde tomámas agua, é inmediatamente nos pusimos en marcha. A las cinco y cuarto llegámos á una casa de D. Ricardo Ruiz, llamada *California*, pero no habiendo encontrado á dicho señor, seguimos nuestro viaje y llegámos á este pueblito de Santa Elena, cerca de las nueve de la noche. La gente estaba recogida, pero una multitud de perros que nos salieron al encuentro aullando, hizo levantar á la gente creyendo sin duda que llegaba alguna cuadrilla de infieles de las que con frecuencia visitan este pueblo, causando perjuicios en ocasiones. Nos visitaron algunas perso-

nas, y entre ellas el dicho D. Ricardo, que es el fundador de este pueblecito que sólo cuenta cuatro años de existencia y es ya mucho mayor que Maní. Tiene ya unas veinte casas con su iglesita y Casa cural, y cuenta con bastantes recursos para la vida. D. Ricardo es el todo, y á D. Ricardo respetan y obedecen todos, tanto los cristianos como los infieles, cuando vienen. Estos le miran como á un amigo porque les trata bien, les favorece y les da lo que puede. Después de un rato de conversación nos retirámos á descansar y lo hicimos bien porque la jornada fue larga, y teníamos necesidad de descanso.

Celebrámos todos el día 21 en la iglesia que ha dicho hay aquí, y después del desayuno hemos pasado el rato, hasta el almuerzo, hablando con D. Ricardo de las antiguas misiones, de las costumbres de los infieles y antagonismo que hay entre ellos y algunos de los cristianos de por aquí, se ven éstos perjudicados por aquéllos en sus intereses y atacan á los que consideran como enemigos. Cuando los infieles tienen hambre, lanzan sus flechas á las vacas que tienen los cristianos, y para matar á una hieren á muchas, porque no siempre pueden matarlas de un flechazo. Las pocas heridas se pierden, porque las flechas van envenenadas y llegan á morir aunque la herida no sea muy grave en sí.

Hace unos días se reunieron aquí unos 400 infieles y D. Ricardo es el que se entiende con ellos y el que contiene á unos y á otros para que no peleen.

Por la tarde hemos visitado las ruinas de la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, del antiguo pueblo llamado Casimena, destruído después por acometidas de los infieles. Existe aún casi íntegro el paredón del altar mayor, el arco de la portada del templo y algunos pilares. Estos y el arco son de ladrillo, y el paredón tiene sólo algunas piedras que traerían de muy lejos, porque por aquí no se encuentran. La iglesia era de una nave, de unos 48 metros de largo, y anchura proporcionada con crucero. En el lado derecho se ve el hueco de una puerta que comunicaba con el Convento que se hallaba á

la derecha de la iglesia. Distan los restos de la iglesia cerca de una hora de este pueblcito. Detrás del paredón que existe, encontramos D. Ricardo un cajón con ropa de iglesia, yá casi hecha polvo, y un cáliz de plata con su patena. He celebrado con ese cáliz, que, sin duda alguna, sirvió también á nuestros antiguos misioneros.

Hemos celebrado todos el día 22, y se ha enseñado doctrina y predicado. A las doce del día se presentáron cuatro indios armados de su flecha y arco, y pasámos unas horas hablando con ellos mucha y entendiendo poco, porque no habia intérprete, y ellos sólo sabían algunas palabras de español. Se marcharon prometiendo volver con muchos más.

En vista de esto, y de algunas ventajas que presenta este punto en recursos y comunicaciones, he resuelto que los Padres se queden aquí, si es que no encuentro otro punto más ventajoso para nuestro intento.

Los días 23, 24 y 25 los hemos pasado predicando y administrando Sacramentos, pero no ha habido tanto trabajo como en otras partes, ni se ha reunido tanta gente como en Maní, pueblcito donde sólo hay siete casas y la iglesia. He hablado también mucho con D. Ricardo, enterándome de muchas cosas necesarias, especialmente en comunicaciones por unas y otras partes de los Llanos.

Mañana 26 saldremos para Orocúé, excepto el doctor Medina, que vuelve á su pueblo. Se lleva las bestias, y nosotros haremos el viaje por agua, bajando lo que nos falta del Curiana y entrando en el Meta.

Acaba de morder una culebra á un hombre, y hemos dado las medicinas que hay para esas mordeduras. No presenta gravedad la cosa, merced acaso á los remedios propiados.

Todos quedámos buenos en la fecha. Yo tuve fiebre el día 22 y me vi precisado á guardar cama, pero desapareció por la noche y no ha vuelto.

Afectos y recuerdos para el Padre Victorino y demás, y Vuestra Reverencia lo que quiera de su afectísimo y menor Hermano en el Sagrado Corazón de Jesús y Nuestro Gran Padre San Agustín.

FRAY EZEQUIEL MORENO,  
De la Virgen del Rosario.

## II

### CARTA SEXTA

Orocúé, 4 de Febrero de 1851.

Mi querido Padre Santiago :

Nos hallamos en una población que manda tres correos al mes á esa capital, y aprovecho la salida del primero para decir á Vuestra Reverencia todo lo corrido desde mi última, que escribí en Santa Elena con fecha 23 del mes pasado, y que llevó el doctor Medina para ponerla en el correo que sale de Labranzagrando para Sogamoso.

Después de decir Misa nosa y oírle otros, al día 26, tomámos un regular almuerzo é inmediatamente nos dirigimos al embarcadero, nos metimos en una embarcación que por aquí llaman bongo, y cobhámos á navegar por el río Curisana abajo, á las diez de la mañana. A la una de la tarde dijeron los marineros que no habían comido, y arribaron á la playa para hacer comida. Dos horas estuvimos parados, y eran las tres, por consiguiente, cuando principiámos á andar de nuevo. El río llevaba ya poca agua, y parámos muchas veces, y otras tantas había que llevar el bongo arrastrando. Al anochecer entrámos en el gran río Meta, y aunque es algo peligroso navegar por la noche, porque se encuentran bastantes troncos, seguimos navegando hasta las nueve de la noche, porque la luz de una hermosa luna nos alumbraba suficientemente para evitar tropiezos. Arribámos á una playa que llaman de Montenegro, y todos tomámos del café que hicieron los marineros para ellos, y tratámos de acomodarnos bajo el cobertizo de palma que llevaba el bongo.

Nos acomodámos, pero no bien, porque no era posible.

El cobertizo era pequeño y no cabíamos todos, mucho menos aún, porque el Hermano Isidoro estaba con mucha fie-

bre y queríamos tenerlo lo más cómodamente posible. No sé si dormirían los compañeros; yo puedo decir que no dormí, porque no pude tomar posición en la que pudiera conciliar el sueño.

A las cuatro de la mañana del día siguiente cobhámos á andar hasta las nueve de la mañana que arribámos de nuevo á la playa, porque las olas no nos dejáron navegar más tiempo. El viento que reina en esta época es muy fuerte y contrario á la corriente del río, y el choque del viento contra la corriente levanta oleaje que no pueden vencer estas embarcaciones por no estar construídas en condiciones para eso.

El punto donde parámos es una rinconada del Meta, que forma un puertecito cercano al pueblo llamado antes Arrastradero y hoy San Pedro de Atimama. Se llamaba antes Arrastradero porque las embarcaciones que venían del río Bichara las arrastraba hasta el Meta, echando tres ó cuatro días en el arrastre. Andando se hace el trayecto en tres horas.

Nos dijeron los habitantes que los Padres Jesuitas, en compañía del Padre Vela, habían estado ocho días en el pueblo, y que después marcháron unos por el Muco arriba y otros por el Muco abajo para salir al Bichara. La embarcación del Padre Vela, en que había ido, estaba allí anclada.

A las cuatro de la tarde, cuando ya el viento sopla con menos fuerza, cobhámos á andar de nuevo, y á las cinco pasámos los arrecifes que cruzan todo el Meta, dejando sólo un pequeño ó estrecho canal en el centro, siendo peligroso pasarlos por la noche. Cuando anochece pasámos por la desembocadura del Cravo, en el Meta, y poco después arribámos á la playa para pasar la noche.

El Hermano Laidro estuvo todo el día con fiebre muy alta, y el doctor Moreno se vio también atacado por ella. Acomodámos á los dos enfermos bajo el cobertizo, del mejor modo que pudimos, y nosotros dormimos en la playa á unos metros de la cama que había dejado un enorme caimán.

Dormimos bien pero no mucho, porque á las tres de la

mañana del 28 levantámos el campamento por orden del patrón del buque, y comenzámos á navegar á remo. Los remeros no se habían desayunado, y á las cinco y media arribáron á la playa para hacer café para todos. Á las seis y cuarto remaban de nuevo y caminámos hasta las nueve menos cuarto que nos refugiámos á la sombra de unos árboles hasta que pasó lo recio del viento y del oleaje, que serían las cuatro y media. Caminámos, ó más bien navegámos desde esa hora, y á esa hora llegámos á Orecué. Saltámos á tierra dejando á los enfermos en el barco hasta ver dónde era nuestro alojamiento y preparar las hamacas para que se acostaran cuando llegaran.

Encontrámos Casa rural, que consta de una sala, un cuartito y una cocina separada; pero no encontrámos en ella mobiliario alguno, ni fogón, ni agua, ni leña, ni quien nos la proporcionara. El Padre Marcos salió á comprar algunos utensilios de cocina, y mientras hubo quien nos trajera agua y leña, hicimos chocolate para nosotros, y calentámos agua para dar un vomitivo al doctor Medina, que lo pedía con instancia. Después de dárselo y haber arreglado á los dos enfermos lo mejor posible, guindámos nuestras hamacas y nos acostámos.

Amaneció el día 29, y los enfermos seguían bastante mal; celebrámos Misa, y yo que celebré primero, preparé chocolate para todos.

En la noche anterior había dicho al señor Alcalde que nos proporcionara un hombre ó mujer que cocinara ó hiciera algo de comer.

Le fue difícil conseguirlo; pero, por fin, á las diez de la mañana nos mandó una anciana que trajo agua y algo de leña y principió á cocinar á las once. Comimos á la una lo poco que la anciana preparó, ayudada por todos nosotros, que sin duda sabemos cocinar tanto ó más que ella. Los enfermos no comieron porque seguían con fiebre, pero siempre había que hacerles algunas aguas que pedían, y ¡qué aguas serían hechas por nosotros! Yo me dirigí á Dios Nuestro Señor, y

creyendo firmemente que estaba viendo nuestra situación y que Él podía curar los enfermos. Si quería, contaba en que sin falta los curaría, ni así concebía á su gloria y á nuestro bien: este pensamiento me tenía muy tranquilo, y me hubiera también tenido son en el caso que los hubiera visto morir.

Tocámos al Rosario por la noche y acudió poquísima gente. Después de rezarlo les dije cuatro palabras y volvímos á casa para preparar una cenita. La anciana tenía fuego, y le dijimos que hiciera arroz con pescado seco que comprámos. Cenámos el guiso con apetito, dimos un vomitivo al Hermano Isidoro, y á las diez quisimos dormir pero no fue posible, porque dos tribus de indios Sálivas, que había por aquí, principiaron en esa misma hora á pasear el pueblo, tocando tambores y dando gritos salvajes y horribles. Duró la serenata hasta que amaneció el día 30, y nos levantámos sin haber pegado apenas los ojos.

Casi todos los indios Sálivas de las dos tribus que hay, son bautizados, pero ninguno de ellos sabe hacer la señal de la cruz y mucho menos rezar siquiera el Padrenuestro. Viven en la más completa ignorancia respecto á la Religión cristiana, y no me explico cómo fueron bautizados sin preparación de ninguna clase. Es verdad que casi en las mismas condiciones encontramos á la mayoría de los que viven por estos Llanos y que se llaman racionales y cristianos viejos. ¡Qué campo tan extenso se presenta con todo esto al celo del misionero! ¡Cuánto bien se puede hacer y cuánta gloria se pueda dar á Dios! Bautizados y no bautizados, todos se ven necesitados de instrucción cristiana, y todos causan lástima y mueven á compasión! ¡Quiera el Señor que haya llegado para ellos la hora de ser iluminados!

Después de celebrar nos dedicámos á cuidar á los enfermos y prepararles algo que comer, porque amanecieron sin fiebre. La anciana preparó para nosotros un calderillo de arroz con pedasos de carne, que fue lo que se nos ocurrió decirle que hiciera, porque á ella no se le ocurría nada.

Por la tarde volvió la fiebre al doctor Moreno, y por la noche al Hermano Iaidoro. Tocámos al Rosario; sonó algo más de gente que en la noche anterior, y les prediqué. Nuestra cena, por no variar, fue arroz con pescado seco, y la cocinera se despidió diciendo que al día siguiente mandaría otra en su lugar.

Me olvidaba decir que á las doce del día, entre repiques de campanas y al són de tambores y flautas de caña, se presentaron en la plaza las dos tribus de indios Sálivas, formados en parejas de hombre y mujer. Los hombres llevaban puesto ó colocado al brazo sobre los hombros de la mujer, y en las espaldas llevaban colocada una maleta con los víveres que habían de comer en los días siguientes. Además, unas palmas grandes, amarradas á las espaldas de los hombres, daban sombra á la pareja. Cada una de las tribus iba guiada por un hombre que llevaba una bandera, y á donde éste iba se dirigían las parejas, todas con paso acompasado, marcado por el tambor. Hicieron varias evoluciones por la plaza, y, por último, entraron en la iglesia con el mismo paso y manera, dieron una vuelta y salieron otra vez para la plaza, donde siguieron dando vueltas. Me dijeron que esta costumbre data desde muy antiguo, y acaso obedeciera á alguna presentación de frutos, antes bien hecha y hoy adulterada.

El día 31 amaneció bien el doctor Moreno, y el Hermano Iaidoro con poca fiebre, que desapareció pronto. Aprovechando ese estado le dimos algo de alimento. La nueva cocinera es un poco más inteligente, pero tampoco sabe hacer otra cosa que el arroz con carne por la mañana y con pescado por la noche. Algunos vecinos nos han mandado huevos, que van sirviendo admirablemente para los enfermos.

Nos han visitado indios Sálivas y algunos Guahivos, completamente desnudos. Les hemos dado algo de sal, que es lo que más aprecian, y algunas otras cosas, y se han ido contentos, prometiéndonos nosotros visitarles en los campos donde tienen sus casas.

Por la tarde estuvimos ocupados en extender partidas de bautismo y recibir informaciones para cammientos; por la noche rezamos el Santo Rosario con bastante gente, predicando después.

Los enfermos estuvieron también sin fiebre el día 1.º de Febrero. Era domingo, hubo alguna concurrencia á la Misa mayor, y les prediqué.

Durante el día hemos tenido algunas visitas de personas visibles del pueblo, preguntando por los enfermos y ofreciendo sus servicios. También han mandado las visitas de indios pidiendo cosas.

Hay bastante movimiento de gente en la población, y á todas horas se oye el ruido de los tambores tocados por los indios; Sálvas.

Por la tarde cantamos vísperas á Nuestra Señora de la Candelaria, se rezó el Santo Rosario, y prediqué.

El día 2, fiesta de Nuestra Señora de la Candelaria, Titular de esta nuestra Provincia, hemos recordado nuestro Convento de El Desierto, donde tantísima gente concurre en este día para confesarse. Aquí celebramos Misa cantada, con bastante concurrencia de fieles, y prediqué en ella. Durante el día han venido muchos indios y hemos pasado el tiempo con ellos hablándoles de las verdades de nuestra Sagrada Religión.

Por la tarde cantamos unas vísperas al glorioso Arcángel San Miguel, por encargo de un devoto; rezamos después el Santo Rosario, y prediqué. Los enfermos estuvieron bien y se alimentaron bastante.

El día 3 hicimos una fiesta á San Miguel, y predicó el Padre Manuel. Como ayer, pasamos algunos ratos cateizando á los indios. Tuvinos que ocuparnos también en cocinar, porque la cocinera no pareció. Por la tarde se sacó en procesión la imagen del Santo Arcángel con mucha concurrencia de gente, y á la entrada de la iglesia prediqué antes de que se marcharan. Después rezamos el Santo Rosario.

Hasta ahora la gente de este pueblo no ha sacado de nuestra visita y predicación el fruto que han sacado las de otros pueblos. La mayor parte de los habitantes no ha venido á la iglesia, y los que han venido y oído los sermones se han manifestado fríos é indiferentes. Casi toda la gente que compone esta población es advenediza y aventurera. Todos se hallan en completa ignorancia respecto á las verdades de la Religión; no tienen sacerdote y viven envueltos en vicios y en completo olvido del alma, y todo esto hace, sin duda, que la palabra Divina no produzca el fruto que produce en otras almas. Hay que trabajar con alguna continuidad para que vayan sacando provecho.

La población está situada en una regular altura sobre el Meta, para verse libre de inundaciones; tiene una especiosa plaza y calles rectas y anchas, llenas de caserío. Tiene más aspecto de población que otros muchos pueblos de la República.

Hay una Aduana con los empleados necesarios para cobrar los derechos de las mercancías que entran de la parte de Venezuela por el Orinoco y al Meta. Regulares embarcaciones de esta población llegan hasta Ciudad Bolívar, y de allí traen telas, utensilios de loza y hierro, vinos y comestibles; se encuentra, pues, aquí todo lo necesario para la vida, aunque muy caro.

El día 4 casámos dos parejas, y hay seis más que se están proclamando. Hemos confesado también varias personas, y algo es algo. ¡ Bendito sea Dios Nuestro Señor !

Cantámos una Misa encargada á Nuestra Señora, que por aquí llaman la Aparecida. Es una pequesísima imagen de Nuestra Señora, con un niño en el brazo, como de dos puñadas de alta, y labrada en el colmillo de un caimán, con su pequeña peana que la forma lo más grueso del colmillo. Dicen que esta imagen se ha formado milagrosamente, sin que mano humana haya tomado parte; pero yo creo que si se fuera, la imagen sería más perfecta de lo que es, por más que

puede pasar mejor que otras muchas que se ven, con especialidad, por estos sitios.

El doctor Moreno celebró, y el Hermano Isidoro siguió sin novedad. El Padre Marcos ha predicado en la Misa, aunque no había sermón encargado; había gente y se aprovechó la ocasión de decirles algo. No han cesado de venir indios Sálivas y Guahivos; han tomado ya confianza, y vienen contentos y alegres. Uno de los sálivas, el más ilustrado, está hecho un verdadero espiritista. El enemigo común de las almas le tiene completamente engañado y por su medio engaña á los demás. Dice que hablan con sus mayores, y que los ven, y, además, que ven á Dios. Al preguntarle en qué forma se les aparece Dios, me ha dicho que se presenta siempre muy serio y con mucha barba. Lo hemos dicho lo que debíamos decirle, y ha prometido que dejaría todo eso y que estaba dispuesto á trabajar porque se forme un pueblcito donde los Padres vayan á enseñarles.

Mañana salgo de este pueblo, por tierra, para la Trinidad, Pore, Moreno, Puerto de San Salvador y Cravo, para saber lo que hay por los ríos de Casanare, Ele, etc. Hubiera hecho el viaje embarcado por el Meta, pero me han dicho que no he de ver caseríos de indios en las orillas del Meta, sino una distante de aquí día y medio, y habiéndoseme presentado la ocasión de ir por tierra al punto que tenía determinado, he resuelto hacerlo así.

Los Padres quedarán por aquí hasta que yo vea si conviene hacer otra cosa.

Esta noche cantámos unas vísperas á Nuestra Señora del Carmen, y sacámos en procesión á la Virgencita Aparecida. Después les predicámos y rezámos el Santo Rosario.

El viaje que emprendo mañana es de unos once días y es lo regular que dure más porque paso por pueblos que no tienen Cura, y siempre se presentará qué hacer. Después que vea el pueblcito del Cravo, y me entere de los puntos donde más abundan los indios, me dirigirá á Tame para tomar el camino del Cocuy, y pasar, si puedo, á Güicán, para enterarme

también de lo que hay respecto de indios por aquellas inmediaciones, porque las noticias que ha recibido no están acordas.

Tengo, pues, que andar mucho año; pero desde que parto del Cravo, será ya acercándome á ésa ó estando de vuelta. Hago solo la expedición y necesito de más auxilios de Dios, porque me faltarán los que me han prestado mis buenos Hermanos.

Ruego, pues, por su afectísimo y menor Hermano  
FRAY EZEQUIEL MORENO,  
De la Virgen del Rosario.

### III

#### CARTA SEPTIMA

Tama, 22 de Febrero de 1691.

Mi querido Padre Santiago:

Escribí á Vuestra Reverencia mi última en Orocué, con fecha 4 del actual, y creo que le decía que al día siguiente dejaba la buena compañía de los Padres y salía con dirección á Cravo.

Vacílé algunos días sobre si haria mi expedición por el Meta ó por tierra; pero habiendo sabido que á orillas del Meta no encontraría gente á quien prodigar algún bien espiritual, y en cambio encontraría por tierra muchos fieles necesitados de auxilios espirituales, determiné hacerla por tierra, aprovechando la ida á Pore de unos individuos que de dichos pueblos habían ido á las fiestas de Orocué. Ellos me alquilaron una bestia y se ofrecieron á servir de guías por cierta cantidad, que les pagué en el acto. Quedámes que al día siguiente, muy temprano, irían á buscarme para emprender el viaje.

Me levanté, pues, muy temprano el día 5 para confesarme, porque después no tendría ocasión de hacerlo, y celebrar, si

podía ó me daban tiempo. Pude hacer ambas cosas, y después muchas más; porque la compañía no estuvo lista hasta las ocho de la mañana.

A esa hora monté en el caballo que me trajeron, que pagué muy bien, pero que era muy malo: un verdadero rocinante. Es verdad que contaban con que no correría mucho, porque no habría de hacer otra cosa que seguir el paso lento de unos buyes que iban cargados.

Me despedí llorando de mis buenos Hermanos, y ellos lloraban también. ¡Con qué gusto me hubiera quedado con ellos, si Dios Nuestro Señor no me quisiera tener ahora en otra parte! Me aparté de ellos ocultando en lo posible lo conmovido que estaba, y por el camino me acordaba de ellos y seguía llorando, no por ir solo, sino porque los dejaba solos y deseaba en gran manera haber seguido trabajando en su compañía y servirles de algo.

Recuerdo que en aquellos momentos, ó más bien en todo aquel día, pedí por ellos con fervor extraordinario á Dios Nuestro Señor, á su Santísima Madre, y á nuestra Santa Inés de Beniganin para que los cuidaran, fortalecieran ó hicieran fructuosos sus trabajos.

Ibamos andando al paso de los buyes con un sol abrasador, y eran las doce del día; pasaron la una y dos de la tarde, y los compañeros aún no decían dónde íbamos á parar para tomar algo. Por fin, cerca de las tres, llegamos á orillas del caño Dusa, y allí parámos para hacer algo de comer para nosotros, y descansar las bestias. El sitio era ameno, rodeado de grandes árboles que nos daban sombra y muy cercano al punto ó terreno llamado *Pinalito*, donde antes había muchos indios *Sálivas* con sus casas, sementeras y trapiches, que después marcharon al otro lado del Meta, ó Llanos de San Martín.

Mientras preparaban la comida, saqué mi cartera y apunté lo que voy escribiendo, y desahogué mi espíritu con estas líneas, que copio de los apuntes: "Siento que mi corazón desea volver á estas tierras para quedarme en ellas, y

entregar mi alma al Señor en el temido Casanare. ¡Se puede trabajar tanto por la gloria de Dios y bien de las almas! Cierto que hay que estar desprendido de todo, y ser sólo de Dios, para llevar la vida de misionero de infieles, pero el Señor hará que de todo me desprenda: su gracia es poderosa. Me consuela hoy, más que otras veces, el escribir estas cosas y hablar con el Señor. No puedo hoy hablar con mis Hermanos; puedo decir que estoy solo, debajo de unas árboles en estas inmensidades desiertas, y me distrae agradablemente el acordarme de mi Dios, hablar con El, pensar en sus cosas y en lo mucho que le debe agradar el que todo lo sacrifiquemos por El y nos entreguemos á esta vida de privaciones de todo género. Además, ¡pasa tan pronto la vida! Y si desde estas Llanos voy al Cielo ¿qué más necesito y qué más quiero! "

Así me entretenía y desahogaba mi espíritu, cuando me dijeron que la comida estaba preparada.

Consistía ésta en unos pedazos de plátano asado, otros de carne salada y seca, que no pude comer, y dos huevos duros que saqué de Orcaué, porque le ocurrió al Hermano Isidoro servirlos. Eran las cuatro cuando comimos, y los hombres dijeron que era ya tarde y las bestias iban cansadas, y que allí pasaríamos la noche.

Me puse á retar después de la comida, y al concluir me sentí con principios de fiebre. Esta fue aumentando; se declaró por completo y busqué la hamaca que estaba amarrada á dos árboles, me acosté y arrojé lo que pude para ver si encontraba sudor. A las siete de la noche me ofrecían los hombres una pequeña cena, pero no tomé más que una gran taza de agua de panela caliente, que me sirvió de sudorífico. La fiebre bajó algo con el sudor, y dormí.

A las dos de la mañana del día 6 estaban ya arreglando las cargas, y yo sentía el cansancio que deja la fiebre, y pocas ganas de levantarme; pero hube de hacerlo á las tres, y á las tres y media, ó poco más, cobámos á andar sin haber tomado ni

un mal desayuno. Caminamos hasta las nueve y media de la mañana, parando á la orilla del mismo caño Dusa para hacer el almuerzo. Yo tenía algo de hambre y me sentía mejor que cuando principiámos á andar. Comí unos pedazos de plátano que me dieron y dos pequeños de carne salada (tapa llamámos á eso por Filipinas) con un poco de cacabe.

Descansámos hasta la una y media de la tarde, y principiámos de nuevo á caminar hasta las cinco, hora en que llegámos á un bonito hato que llaman Barreto. Al poco rato de llegar me servían un plato con plátano y otro de carne, sobre mesa con mantel. Comí con apetito, y al poco rato de auscultar se recogió la gente, y yo hice lo mismo, buscando la hamaca que estaba colocada debajo de un cobertizo de paja.

Nos levantámos al rayar el alba del día 7, y después de tomar desayuno que me prepararon, dejó los buques y compañeros de viaje que los guiaban, y me marché con dos señores que llevaban el mismo camino ó iban en mules sin carga. Eran ya las siete de la mañana cuando salímos. A las ocho y media pasámos el río Guasápalo y parámos á pasar las horas de sol.

Encontré en la casa un hombre que llevaba el correo de Tama para Orcoquí, y escribí á los Padres mientras los dueños de la casa me preparaban la comida. Esta fue bastante buena, me la sirvieron á las dos de la tarde, y concluida echámos á andar con dirección á la Parroquia ó Trinidad. Poco después de ponerse el sol, pasámos el río Pauto y á los pocos minutos estábamos en el pueblo que está situada á la orilla de dicho río, un poco más arriba del sitio por donde lo pasámos.

Cree encontrar en Trinidad doce ó catorce casas como en otros pueblos, pero hay muchas más, colocadas en calles rectas y anchas, y formando lo que ya se puede llamar pueblo. Hay iglesia pequeña, de paja, pero no hay Casa cural; y me alojé donde los compañeros me llevaron, que era una casa espaciosa colocada en la plaza. Los que la ocupaban me acogieron con gusto y me sirvieron una comida.

Como era domingo al día siguiente, principié á indagar si había cáñiz y demás cosas necesarias para celebrar. Me di-

jeron que allí mismo, en la casa donde estaba, se hallaban las cosas de la iglesia, pero que la habitación estaba cerrada y el que tenía la llave estaba por el campo. Entraron, sin embargo, á la habitación sacando la pared interior que no cerraba del todo ó no se elevaba hasta el techo; pero aunque había algunas cosas, faltaban vestiduras sagradas, y me acosté con el sentimiento de que no podía celebrar al día siguiente.

Amaneció el día 8, y después de mi oración tomé el desayuno, que por los Llanos siempre es café. A las ocho principié á rapicar para que acudiera la gente á la iglesia y hacer algo para santificar el día, yá que no era posible celebrar. Acudió algo de gente, recé el Santo Rosario, y les prediqué. Después tuve en casa algunas visitas, y llegada la hora de comer me sirvieron regular comida.

Por la tarde me llevaron algunos huevos y un pollo de regalo, y con esas visitas y el rezo, pasó la tarde; toqué de nuevo á Rosario, y les prediqué. ¡ Pobres gentes! Qué solas están y qué tristes son estos pueblos sin sacerdote!

El día 9, á las seis y media de la mañana, nos pusimos en camino, y estuvimos andando hasta las nueve y media que entrámos en una casa donde descansámos y sirvieron buena comida con carne fresca. Estuvimos allí hasta la una y media, hora en que echámos á andar, y á las cinco llegámos á otra casa del sitio llamado *Scribal*, donde parámos para pasar la noche. El pollo que me dieron en Trinidad sirvió de cena para mí y otro compañero. Nos acostámos temprano con intención de madrugar, pero no durámi tan pronto porque multitud de murciélagos revoloteaban y se paraban encima del sitio donde estaba colocada mi hamaca, y desde allí me lanzaban á la cara y todo el cuerpo lo que querían. Hubo que trasladar la hamaca á otro punto, donde sentí perfectamente el fresco de la noche, porque era en uno de los extremos del cobertizo ó techo de paja donde nos quedámos.

En la madrugada del día 10 conferé á la señora de la casa, que estaba enferma; me desayuné con caldo y nos pusimos en marcha con dirección á *Poré*, á las cinco y cuarenta minutos. A las once y cuarto de la mañana llegámos al pro-

bio, presentando ésto á la vista el aspecto de una gran ciudad destruída. Se ven grandes casas antiguas, de teja, que se vienen abajo; principios de una gran iglesia que no se llegó á concluir; largas calles empedradas, hoy sin casas que las llenen, ruinas de otras casas, excavaciones para buscar tesoros escondidos, etc., etc.

Como no conocía á nadie en la población, me dejé llevar de mi compañero de viaje, y llamó en una casa donde salió una señora entrada en edad. Le pedí alojamiento por caridad, y me dijo que pasara adelante. La casa era de lo mejor que he pisado desde que entré en los Llanos. Tenía espejos, aunque no muy grandes, en las paredes y cortinas en las puertas. Esto era lujo en comparación de lo que había visto.

Apenas descansé un pequeño rato, confesé en la misma casa á un joven que estaba moribundo. Al poco rato me sirvieron una buena sopa, carne y un huevo frito, y procuré descansar porque me sentía cansado y como con fiebre. Recibí después algunas visitas, recé, tomé una poquísima cena y dormí bien.

Me levanté el día 11 algo indispuerto, á pesar de haber dormido; confesé en la casa á una joven que se hallaba con fiebre, y me dirigí á la iglesia á arreglar lo necesario para celebrar. Se reunió bastante gente, bendije ceniza, la impuse, celebré, y prediqué sobre la muerte. Después llevé á Nuestro Amo al enfermo y le administré la Extremaunción. Para ésto, sin duda, más que para otro, me trajo el Señor por aquí. He podido comer de vigilia y guardar el ayuno. Por la noche toqué las campanas y acudió bastante gente á rezar el Santo Rosario y oír el sermón.

A las ocho y media de la noche me dijeron que había un enfermo grave en el cerro, á dos horas y media de distancia. Yo tenía en proyecto el viaje á Moreno y oré que la Administración me lo impidiese, pero sólo lo hizo más pesado.

Me levanté y celebré muy temprano el día 12; confesé unas cuarenta personas, y después de haber tomado café, acompañado de un peón salí de Pora á las ocho de la mañana, con dirección al enfermo del cerro. Por el camino me dijo el peón que le habían recomendado que me llevara á

ntra casa, donde había una señora enferma. A las diez y media llegamos á la casa de esta enferma, la confesé, y subiendo y bajando montes fuimos al enfermo, á quien encontré gravísimo. Le confesé y administré la Extremaunción, y mientras, me prepararon una comida consistente en tres huevos fritos y un plato de plátanos. Los comí con apetito, y á la una echámos á andar para bajar al Llano y tomar el camino que conduce á Moreno. Eran las tres y media cuando salimos al Llano á un caserío ó barrio que llaman *Guachiría*. Pregunté si había algún enfermo grave, me dijeron que nó, y seguimos nuestra marcha.

A las cinco llegué á otro caserío que llaman *Brío*, sintiéndome bastante indispueto. Un señor venezolano me dio una gran totuma de agua de panela con un poco de aguardiente, que bebí con gusto por ver si entraba en sudor, porque la piel la tenía seca y sentía gran calor interior. Pregunté por enfermos, y me dijo que no sabía si habría llegado una señora, muy grave, que pensaban traer de Moreno. Pregunté más adelante, la encontré ya agonizante, y la confesé y di los Santos Oleos. Allí mismo me dijeron que había otra enferma muy grave. Fui adonde estaba, y, en efecto, estaba también concluyendo, víctima de la tisis. Le administré también los Santos Sacramentos, y puesto ya el sol, seguí para Moreno, aunque cansado y muy indispueto. Llegamos á Moreno á las siete y media de la noche, y no sabiendo dónde alojarme, dejé al peón que llamara en la casa que le pareciera. Llamó en la de un señor Maestro de Escuela, que al mismo tiempo es Secretario del Municipio, y por lo que vi es el que todo lo hace en la población. Me alojé en la única habitación que por entonces tenía disponible, destinada á taller de carpintería. Allí, pues, me coloqué entre birutas, tablas, bancos y herramientas, pero satisfecho porque veía en los dueños de la casa, grande y buena voluntad de hacer lo que podían.

Me preguntó la señora qué era lo que quería de cenar. No tenía ganas de tomar nada, y le dije me bastaba solamente una taza de agua de panela. Mientras la preparó, recé lo que me faltaba, y, una vez que la tomé, me tendí en la hamaca rendido y con algo de fiebre.

Desperté el día 13 algo más animado de lo que me acosté, y á las cinco y media me dirigí á la iglesia, pero á ésta le están poniendo techumbre y se halla al descubierto. Pregunté por ornamentos, y me dijeron que no había alba. No pude, pues, celebrar, y me desayuné en compañía de mi buen patrón, que después me entretuvo contando la historia del pueblo, su preponderancia en un principio y cuando era cabeza de Provincia, y su decaimiento después, debido ya á la muerte de algunas personas influyentes y ricas, ya á la ausencia de otras que marcháron al interior.

Por la tarde confesé á cuatro enfermos en sus casas, y en la iglesia á los sanos que quisieron ir. Miré con detenimiento las cosas de la iglesia; encontré de todo y también alba, y arreglé un altar en una gran pieza techada de teja, que sirve de escuela, para poder celebrar al día siguiente. Inmediatamente toqué las campanas, acudió bastante gente, recé el Santo Rosario, y prediqué.

Celebré el día 14, y después de la Misa llevé á Nuestro Amo á los cuatro enfermos que confesé el día anterior. Desayuné y me puse á tomar apuntes para bautizar siete niños y extender las partidas en el libro correspondiente. Hecho esto, fui á lo que sirve de iglesia y los bauticé. Quería haber marchado en este día, pero no me proporcionaron bestia.

Por la tarde administré la Extremaunción á un enfermo y después me fui á la iglesia, donde estuve confesando hasta el anochecer. Recé después el Rosario, y prediqué á un auditorio algo numeroso, advirtiéndole que al día siguiente, domingo, diría la Misa temprano para marcharme. Volví á casa cerca de las ocho de la noche, hice colación, y me sorprendieron con una serenata de tiple y bandola.

Celebré el día 15, á las seis y media de la mañana, con intención de marchar cuanto antes, pero las bestias no estaban listas y no pude salir hasta las once menos cuarto. Bauticé á otro niño que me presentaron.

Dejé por fin á Moreno, donde me pareció ver más instrucción religiosa que en otras partes, debido, sin duda, á que funcionan dos Escuelas: una de niños y otra de niñas, regentada

foto por una señorita educada en el Colegio de las Hermanas de la Caridad, de Sogamoso.

Después de una hora de camino pasé el río Triporo, luego el Aricapero y más tarde el Obiro, poco distante del pueblcito así llamado, donde llegamos á las cuatro de la tarde. Pregunté si había enfermos graves, y me dijeron que en un barrio distante más de tres horas, se hallaba uno agonizando. Hice, desde luego, diligencias para buscar quien me acompañara y llevara al enfermo, pero no pude conseguirlo hasta las ocho de la noche, que se ofreció un hombre, después de haberle prometido una buena retribución. Principiamos á andar á la hora dicha, y como alucibraba bastante la luna, pudimos hacer el viaje felizmente sin más novedad que la extrañeza del peón por cierta luz que veíamos, luz que él daba señales de creer ser extraordinaria, y que á mí me proporcionó un rato de distracción mientras le hice comprender que aquella luz nada de extraordinario tenía.

Eran las once de la noche cuando llegamos adonde estaba el enfermo, á quien confesé en el momento y le di la Extremaunción, porque, en efecto, estaba gravísimo. Hecho esto, me acosté allí cerca del enfermo, y la gente hizo lo mismo por uno y otro rincón, porque no había otra pieza, sino una cocinita que también se llenó de gente. Toda ésta había concurrido de las casas que por allí había, por creer que el enfermo moría aquella noche, y tener el valorio que por aquí tienen en esos casos, valorios en los que tienen lugar excesos lamentables en presencia del cadáver. Están solos y no hay quien les diga lo repugnante que es todo eso, y contrario á los sentimientos de nuestra sagrada Religión.

No murió aquella noche el enfermo.

Me levanté á las cinco del día 16, y fui á otra casa á confesar una señora anciana y enferma. Mientras me prepararon demynno de chocolate, lo tomé y echámos á andar al salir el sol. Teníamos que pasar por el sitio donde ellos entierran á sus muertos, y se empeñaron en que les cantara algunos rosarios. No pude resistir á las instancias, y me detuvieron cantando como una media hora. También me dijeron que aquella noche habían visto varias luces que les

llamaron la atención, y que me querían despartar para que las viera, pero que no se atrevieron. Me despedí de ellos diciéndoles que hicieran poco caso de luces, y si mucho de ser buenos cristianos, y seguí mi camino para el barrio llamado Corosal, donde llegué á las nueve de la mañana, y desmonté para pasar allí las horas de calor.

La casa donde descansé es de D. Aureliano Delgado, y su buena señora me preparó una comida como hacía días no la había tenido de buena y abundante. A las dos de la tarde me despedí de aquella buena gente, y me dirigí al Puerto de San Salvador, del río Casanare. Cerca de la puesta del sol me encontré bastante gente que iba en mulas; nos saludámonos y pasaron de largo. El peón me dijo entonces: ahí va el señor en cuya casa debía alojarse, porque otro señor que le indicaron no está en el pueblo.

Nos alojaremos, le dije, donde Dios quiera. Al poco rato el trote de una mula nos hizo mirar hacia atrás, y el peón me dijo que era el señor de quien me había hablado. Llegó á nosotros, nos saludámonos, y me dijo que se volvía para darme alojamiento en su casa. Le di las gracias, seguimos caminando y al poco rato llegamos á la orilla del río Casanare. El pueblecito estaba á la parte opuesta y había que pasar el río, por consiguiente. El se lanzó al río con su mula y me dijo que siguiera; seguí, y los dos nos mojamos pies y piernas, pudiendo haber pasado en pequeñas embarcaciones que allí había. Llegamos á la casa, me sacó ropa, me mudé, y, gracias á Dios, no sentí novedad alguna. Tomé después café en su compañía y me recogí para descansar.

No madrugué el día 18 porque el cuerpo pedía descanso. Me levanté cerca de las siete de la mañana, me preparé para celebrar, y celebré con asistencia de unas ocho personas. Tomé después el desayuno y traté del modo de seguir mi viaje para Cravo. Se presentaron dificultades para emprenderlo tan pronto como yo quería, y determiné aguardar la salida de un bongo que sería despachado dentro de tres días. Por la tarde bauticé á tres niños que me presentaron, y no toqué á Rosario porque no hay campanas y la gente se ve que es indiferente.

El día 19 celebré el Santo Sacrificio de la Misa con asistencia igual en número á la de ayer, y después les hablé algo sobre el alma, para hacerles notar la indiferencia en que viven y con que miran su salvación. De las ocho personas que me oyeron, se confesaron seis por la tarde. Se me dijo también que el bongo no podía salir tan pronto, y me propusieron mientras tanto que fuera á Tamo, residencia del Prefecto de Casanare. Acepté la propuesta, puesto que nada hacía por aquí, y quedámos en salir mañana.

Amaneció el día 20, celebré pronto creyendo que saldríamos para Tamo, pero hubo dificultades de bestias y no sé qué más, y no salimos.

Hoy 21 he celebrado también en el Puerto, casi solo, y por fin, por la tarde, salimos para ésta á las tres y llegámos á las nueve menos cuarto de la noche. Tomé café con plátanos, y me acosté muy cansado con las seis horas que estuve sobre un caballo trotón, sin descansar un momento.

Me levanté el día 22 á las seis de la mañana, y ver si podía reunir lo necesario para celebrar, pero fue imposible; á las ocho tomé desayuno de café. Después pasé un rato agradable conversando con D. Félix Norzagaray, joven entusiasta por el adelanto de Casanare y que en varias ocasiones ha desempeñado interinamente la Prefectura. Al poco rato tuve la honra de ser visitado en mi habitación por el señor Prefecto de la Provincia, con quien conversé largo rato sobre las necesidades del territorio de su mando.

Por la tarde confesé á una enferma, y después de mis rezos y de preparar en la iglesia lo necesario para celebrar mañana, que es domingo, mandé tocar á Rosario. Se reunió bastante gente, recé y les prediqué.

Hoy 23 fui temprano á la iglesia para confesar. Confesé las personas que pude hasta la hora de la Misa, que fue á las ocho y media. Prediqué después del Evangelio.

Después de la Misa me desayuné y fui á ver la enferma de ayer y le administré la Extremaunción. Cuando salí de allí me llamaron á ver otra enferma, á quien también administré.

Esta tarde saldremos para el Puerto, y no sé cuándo saldré de allí para Cravo, porque ignoro cuándo estará lista la embarcación que me ha de llevar.

Se va dilatando, pues, la vuelta á ésa más de lo que yo creía, porque por todas partes se ofrecen dificultades para hacer los viajes tan pronto como uno quisiera.

Me dicen que del Puerto á Cravo emplearé unos ocho días: allí he de estar algunos, tomando informes y haciendo algo entre aquellas gentes; después la vuelta otros ocho días, y de Puerto hasta ahí, la mar... Pero no hay remedio; tengo que ir á Cravo, porque es el punto donde hay más indios por sus alrededores, y quiero ver aquello para saber lo que hemos de hacer en adelante.

No sé cuándo podré volver á escribirles.

Ruegue mucho por su afectísimo y menor Hermano en el Sagrado Corazón de Jesús y Nuestro Gran Padre San Agustín.

FRAY EZEQUIEL MORENO,

De la Virgen del Rocío.

#### IV

#### CARTA OCTAVA

Tunja, 7 de Abril de 1881.

Mi querido Padre Santiago:

¡Cuánto tiempo ha pasado sin haber tenido oportunidad de mandar una carta á Vuestra Reverencia! Mi última fue escrita en Tame, con fecha 22 de Febrero, y parece mentira que no haya podido mandarles otra hasta ahora, pero así ha sido, porque he pasado todo ese tiempo por puntos desde donde no era posible mandarles cartas, y cuando llegué á donde no era muy difícil, fue cuando estaba de regreso, y entonces ya era inútil, porque yo había de llegar á ésta antes que las cartas.

Ya sabe que estoy en Tunja, bueno y sano, á Dios gracias, por los telegramas que le he dirigido, pero no sabe qué vida he llevado desde mi última, y esto es lo que voy á decirle en ésta.

Sali de Tame el mismo día en que le escribí, por la noche, y llegué al Puerto de San Salvador, pasadas yá las doce, con mucho sueño y mucho cansancio. La embarcación que me habla de llevar á Cravo no estaba aún preparada, y tuve que esperar hasta el día 25. Todo estaba listo desde por la mañana, pero los marineros no se reunieron hasta las dos de la tarde, y á esa hora echámos á andar, diciendo el patrón: "¿Con quién vamos?" Con Dios, contestaron los marineros. "Vamos además con la Virgen," replicó el patrón.

No habíamos andado una hora cuando arribaron á una playa donde había unas casitas, para coger plátanos para el viaje, ó pan, que ellos decían. Allí pasámos yá la noche, y antes de acostarnos reuní las gentes de las casas, rezamos el Santo Rosario y les hice una plática.

Al día siguiente, 26, no principiámos á andar hasta las nueve de la mañana, y á las doce arribámos á la playa de una isleta para hacer el almuerzo, que fue un sancocho de plátano con carne salada. Concluido éste echámos á andar de nuevo hasta las seis de la tarde, que arribámos á una playa para pasar la noche. Se navegó poco, porque el río estaba algo seco y el bongo se varaba con frecuencia, y había que abrir zanjas para llevarlo adelante.

No digo relatando el viaje día por día, porque en todos hicimos y sucedieron las mismas cosas, y nada ocurrió que merezca particular mención. Todos me decían, cuando iba á emprender el viaje, que vería bastantes indios por las riberas del Casanare y que aun había peligro de que fuésemos sorprendidos por algún grupo de Guahibos que odian, persiguen y matan, si pueden, á los blancos. No vi uno siquiera en los once días que duró la navegación, y nada hubo de sorpresas por más que dormíamos todas las noches en la arena de las

playas, sin vigilante alguno, é indicando é dando á conocer nuestra estancia en los lugares con el fuego que había que encender para cocinar.

Llegué al detendo Cravo el día 18 de Marzo, á las tres de la tarde. Es Cravo un pueblecito que pudiéramos llamar de avanzada en aquellos territorios, porque es el más internado entre los infieles. Se halla situado en la confluencia del río de su nombre con el de Casanare, y el sitio que ocupa era guardado de indios salvajes hasta el año de 1876, en que fue á establecerse en él, con algunas personas que le acompañaban, el venezolano D. Secorro Figueras, quien, desde el principio, tuvo que sostener luchas terribles con los infieles y después seguir venciendo grandes dificultades para poder formar el pueblecito que hoy existe, compuesto de unos doscientos habitantes, y llamado á ser algo ó mucho más, atendida la ventajosa posición que ocupa entre dos ríos navegables.

Es, pues, Cravo un lugar muy á propósito para establecer una misión ó fijar la residencia de un par de misioneros que trabajen en la reducción de los infieles que vagan por sus cercanías. Traté á algunos indios Yayuros que visitan con frecuencia á D. Secorro, y viven como á cinco horas de Cravo, cerca de la desembocadura ó confluencia del Casanare con el Meta. Esos indios, que sólo son unos veinte, tratan con los indios Guahivos, y serían para los misioneros un medio admirable para entrar en comunicación con éstos y evangelizarlos y reducirlos. Al disponer hoy de más personal, mandaría dos Religiosos á Cravo, lo antes posible; pero no contando más que con los tres que llevé en mi compañía, y dando hoy solamente principio á esa grande obra, he resuelto que los Padres queden en Orocué, donde hoy por hoy se encuentran más ventajas que en otros puntos para principiar los trabajos. Tienen cerca de dos capitales de indios Sálivas y dos de Guahivos, y tratándolos, pueden ir aprendiendo sus idiomas y hacer algo entre ellos. Además, cuentan con más recursos para la vida, y podemos saber de ellos con frecuencia, lo que

no sucedería al ir á Cravo ú otro punto donde apenas hay comunicaciones.

Permanecí en Cravo predicando y administrando Sacramentos hasta el día 13 por la noche, que salí en compañía de D. Socorro, para dormir en su hato, distante unas tres horas del pueblo y en camino para mi vuelta, por tierra, al Puerto de San Salvador. El día 14 salí del hato acompañado de dos hombres; anduvimos nueve horas en buenos caballos y portectámos á campo raso porque no se encontró un mal rancho donde refugiarnos.

La madrugada del día 15, fue muy fría, y á las tres de la mañana, no pudiendo ya aguantar el frío, mis compañeros prendieron fuego ó hicieron café, que tomé con gusto extraordinario, porque yo también sentía el fresco, y el café caliente lo hacía desaparecer. Al rayar el alba estábamos yá andando, y andando seguimos hasta las doce, que parámos para almorzar y aietar, que dicen por los Llanos. A las dos echámos á andar de nuevo hasta el anochecer, que acampámos debajo de unos árboles á orillas del Casanare, porque tampoco encontramos casa alguna.

El día 16, esperando poder llegar al Puerto, estuvimos andando trece horas y <sup>1</sup>media. Sólo nos faltaba una hora y media de camino para llegar al pueblo, pero las bestias no podían más, y pasámos la noche á la orilla de un caño llamado *La Raya*.

Al día siguiente, 17, á las siete y media de la mañana, llegámos al Puerto. Por la tarde fui al barrio llamado Corozal, distante cinco leguas, y allí estuve hasta el día 18, que marché para el pueblo de Sope. No pensaba estar en este pueblo más que dos ó tres días, pero un asunto de conciencia que tenía que arreglar en uno de los barrios que yá había pasado y que no pude arreglar á mi paso, me ocupó toda la Semana Santa.

El día 1.º de Pascua volví á Corozal; allí audieron las personas con quienes tenía que arreglar el asunto, y arreglado ese mismo día, salí al siguiente por la tarde para el

barrio llamado El Palmar, con dirección á ésta. Llegué ya puesto el sol, confesé á un enfermo grave que había, y descansé. Los dos días siguientes, hasta ayer que llegué á ésta, los he pasado en el viaje, pernoctando en Samacá, barrio de Rodrigote, perteneciente á Chita, Jericó, Sooba, Belén y Paipa.

Desde Jericó el viaje ha sido cómodo, porque he encontrado sacerdotes que me han proporcionado toda clase de recursos y me han tratado como á un hermano. Dios Nuestro Señor les pague todo.

Excuso decirle que, á mi llegada á ésta, el Ilustrísimo Señor Obispo me ha recibido con el mayor cariño, y lo mismo los buenos amigos que dejé. No tardaré mucho en ir á nuestro Convento de El Desierto y ponerme en camino para ésa, donde tendrá el placer de abrazarlo su afectísimo y menor Hermano en el Sagrado Corazón de Jesús y Nuestro Gran Padre San Agustín.

FRAY ENRIQUEL MORENO,

De la Iglesia del Rosario.

## V

De la Revista *El Congregante de San Luis*, correspondiente al 8 de Junio de 1891, tomamos lo que sigue :

### MES DE MARÍA EN LA CANDELARIA

Que los hijos de Gonzaga honren á la Santísima Virgen, Reina del corazón de San Luis, Madre queridísima de su alma, como Reina y Madre en también de nuestras almas, es la cosa más natural del mundo; así que apenas brilló el resplandor de la hermosa aurora del mes de Mayo, mes consagrado á María Santísima, empezó también el piadoso ejercicio de las flores en la iglesia de La Candelaria, actual morada de la si-

gia de San Luis Gonzaga, bajo cuyos auspicios está puesta numerosa pléyade de jovencitos que son la esperanza del porvenir.

Relativamente pobre en su principio el indicado ejercicio, sin que por esto mereciesen menos los interesados, pues no se les pidió más, ni tenían estímulo de tanta emulación como hubo en los días posteriores, fue como bola de nieve, que creció, creció hasta llegar á un punto de grandesa tal, que bien podía traducirse con las frases de pompa inusitada y esplendor nunca visto en tales actos.

Semejante al templo á un hermoso Cielo, nada faltaba en él sino ver á Dios cara á cara, y sin enigmas, para gozar de dulzuras y sentir consuelos que sólo á los del Cielo son comparables.

Las señoritas, señoras y señores que fueron alféreces en las funciones de mañana y tarde, rivalizaron en celo y entusiasmo por el ornato del altar, que cada día aparecía más bello y encantador.

Confundidas en armonioso consorcio las flores y las luces, semejaban fantástico y misterioso jardín en que se disputaban la preferencia la belleza de las flores y el buen gusto en colocarlas.

Pero llegó á su colmo el entusiasmo el último día del mes; era ya el postrer desahogo del afecto á una Madre tan llena de ternura, y se desbordó en los corazones el entusiasmo y el fervor.

Colocada la imagen de Nuestra Señora en elevado trono, cuyas gradas estaban llenas de olorosas y bellísimas flores y luces, destacábase majestuosa, sublime, arrebatadora sobre un fondo de blancura que le daba más realce y esplendor. Coronada su frente de estrellas, magistralmente recogidos los pliegues de su hermoso manto azul, sobre túnica blanca, representaba á lo vivo la imagen preciosa que creó la inspiración de Murillo.

En una de las gradas del regio trono veíase la simpática figura del Ángel humano, San Luis, cabeza descubierta, de rodillas, en actitud de profunda reverencia á la excelsa

Emperatriz de Cielos y tierra, inmóvil cual faro de granito en medio de imponente cascada de perlas y flores; pues tal parecía á la vista la gradería cuajada de adornos, matas y luces, produciendo también los variados matices de las flores la imagen de bellísimo cuadro en que aparecían multitud de preciosas mariposas, matizadas sus alas de mil colores y fascinadas en torno de las luces. Mas nó: tanto las luces como las flores aglomeradas en escala creciente de arriba para abajo, su origen en la Virgen, era símbolo del torrente de gracias y bendiciones que Ella derramaba sobre sus devotos.

La composición del altar en este día era obra del señor D. Rafael Neira, cuyo gusto sobresaliente en este particular es ya conocido del público.

¡ Bendito sea Dios, que sabe inspirar en la inteligencia sublimes ideas, y despertar en los corazones tan bellos sentimientos!

Como en lo relativo á la parte musical y pláticas soy parte interesada, dejo á otra pluma imparcial su relación, sin perjuicio de que también pueda completar lo que sólo á grandes rasgos dejo descrito, deseando que todo redunde en honor y gloria de Dios y honra de la Reina y Madre de nuestras almas.

Fr. S. M.

## HONOR Y ALABANZA

A LA BTH PAR MARÍA.

Nada más pudiéramos agregar al lujoso artículo que precede á estas líneas, si no faltara en él la parte más esencial de la patética y sublime descripción de la suntuosísima solemnidad con que la Congregación de San Luis acaba de obsequiar á su Reina Celestial en la iglesia de La Candelaria. Mas ya que se nos cede el campo y que el deber lo exige, trataremos, aunque imperfecto, el grandioso apéndice de esta fiesta que, quizá por vez primera, se haya celebrado con tan majestuosa pompa en la capital de Colombia.

La rica profusión de adornos con que diariamente se renovaba el altar, la belleza y variedad de flores con sus ex-

quisitos y delicados perfumes, los centenares de luces que noche por noche á porfía se duplicaban, las cortinas y gallardetes que engalanaban el templo, la tierna voz de los niños que le recitaban sus sencillas pero sentimentales composiciones á la Madre Celestial, ya en prosa, ya en verso, ofreciéndola ramilletes, emblema de su inocencia, y que luego colocaban en su altar, la numerosa concurrencia que, ávida de piedad y de entusiasmo, colmaba el pavimento de aquel vasto recinto, todo, todo este místico conjunto de adornos, emblemas y oraciones formaba, ciertamente, el glorioso pedestal de la Reina Inmaculada; pero tocaba á los Religiosos de la seculares Orden de Candelarios, venidos en tal hora á nuestro suelo, tocábales á ellos colocar en la parte más visible la corona más brillante para el altar de María.

Durante todo el mes, por la noche, la cátedra sagrada fue ocupada por el galano y elocuente orador, muy Reverendo Padre Fray Santiago Matute, en quien no se sabe qué más admirar, si sus altas dotes oratorias ó su grande y fervoroso entusiasmo por Nuestra Señora. Cada noche fue tomando por tema el significado de alguna flor para cantarla con labio angelical las alabanzas á la Reina y Señora de sus encantos. ¡Y cómo ponderar aquí debidamente lo tierno de sus conceptos, lo sabio de sus ideas, lo profundo de su ciencia, lo sublime y arrebatador de su lenguaje y estilo! Pálidos son los colores de la elocuencia misma para poder articular siquiera dos palabras en su honor. No en vano el numeroso é ilustrado concurso, estático, pendía de sus labios, como para no perder siquiera el último acento de su dulce y armoniosa voz. No sin razón el que muchos exijan del muy Reverendo Padre la reproducción de sus sermones para publicarlos en nuestra *Revista*, cosa no fácil por cierto, pues sabemos que el muy Reverendo Padre no acostumbra escribir lo que predica.

Y al pasar á la parte musical, que es el idioma del alma, el cuadro fue sorprendente: sin menoscabo de nuestros afortunados profesores del país, hubo que convenir en que no fueron necesarios. Hezado el Santo Rosario, se cantaban por los Reverendos Padres las Letanías de la Santísima Virgen, haciendo de organista el muy Reverendo Padre Matute; termi-

nade lo cual, subía al púlpito para rezar el Ejercicio del mes; concluido éste, volvía á bajar, para tocar y cantar escogidos y variados himnos; luego volvía al púlpito á predicar el sermón, el cual siempre se extendía hasta más de media hora; terminado éste, volvía al armonium para tocar y cantar la Salve, y en seguida el Adión á Nuestra Señora. Dejamos á la consideración de nuestros lectores la increíble fortaleza física del muy Reverendo Padre Matute. Sin duda que la Reina de su corazón, por quien con tanto ardor se sacrificaba, fue y será siempre su poderoso sostén.

Las armoniosas notas de la música, de aire marcial, y ejecutadas con la más exquisita precisión, y, unidas á las dulces y sonoras voces de los Reverendos Padres Fray Ezequiel Moreno, Superior de la Orden, Fray Santiago Matute y Fray Gregorio Segura, constituyeron la iglesia de La Candelaria en el celestial Edén. De alegría, de admiración y de ternura eran todos nuestros afectos durante esas horas de gratos é imperiosos recuerdos.

Mil bendiciones, pues, para los Reverendos Padres españoles que trabajan con incansable afán tan sólo por la gloria de Dios y el bien de las almas. Igualmente gracias para el muy Reverendo Padre Fray Victorino Rocha, quien también se dignó cooperar á esta gran solemnidad. Torrentes de gracia, en una palabra, para todos los que ofrendaron su valioso óbolo en tan grandiosa fiesta.

D. F. R.

## VI

### CARTA NOVENA

Bogotá, 8 de Abril de 1891.

Muy Reverendo Padre Fray Ezequiel Moreno.—Bogotá.

Respetable y amado Padre nuestro:

Cumpliendo con el encargo que Vuestra Reverencia me dio al separarme de nosotros para emprender un viaje, por

cierto trabajos, voy á darla parte de nuestros trabajos evangélicos que, aunque pequeños, unidos como los unimos á los méritos infinitos del Sagrado Corazón de Jesús, esperamos no quedarán sin recompensa.

Principio por decir que no habíamos sufrido pena alguna que nos afectase de un modo notable hasta el día 6 de Febrero. ¡ Recuerda Vuestra Reverencia esa fecha ! Es el día en que Vuestra Reverencia se separó de nosotros, y en el que sentimos impresiones algo fuertes para nuestra debilidad, pues si bien antes de esa fecha habíamos experimentado privaciones y trabajos consiguientes á un país como éste, falta de recursos y de las comodidades que se tienen por los pueblos ya civilizados de por ahí, sin embargo, como teníamos presente á Vuestra Reverencia, que nos animaba con su ejemplo, todos aquellos trabajos se nos hacían no sólo llevaderos, sino que los sufríamos con gusto y placer sumo; mas, cuando ya llegó el momento de darnos su abrazo paternal de despedida, nuestras almas sufrieron lo indecible, al ver que ya era un hecho que nos quedábamos solos y sin el Padre que nos servía de guía y de todo. Yo (como Vuestra Reverencia vio y observó), con el fin de evadir aquella trágica escena, partí para la iglesia á presenciar un matrimonio de dos infelices que, desgraciadamente, habían vivido en mal estado; no tuve valor para despedirme, y confieso mi franquesa.

Una vez que presencié el santo matrimonio y ofrecí al Señor el incruento sacrificio de la Misa, volví á la desahogada casa y aún encontré á mis queridos Hermanos impresionados y algo pensativos.

Nos consolámas pronto con el pensamiento de que así lo disponía el Señor, y era su voluntad santa que nosotros diéramos principio á una obra tan grande y arriesgada como es la reducción de las tribus salvajes que existen por estos Llanos, y que El, por consiguiente, nos daría gracia para trabajar en la obra que El nos encomendaba por medio de nuestros Superiores.

Celebrámos en la misma mañana una fiesta encargada á Nuestra Señora del Carmen, en la que prediqué; y, terminada ésta, tomámos el almuerzo que nos tenía preparado el Hermano Ivídoro, almuerzo que si bien se redujo á las mismas viandas que nos preparaba la famosa vieja cocinera, á quien había que decirle todo, parecían ser otras, arregladas ó condimentadas por el Hermano. Por la tarde, después de haber administrado el santo Bautismo á ocho niños, rezámos el santo Rosario, hicimos una procesión, y antes que marcháramos muchas personas, por cierto indiferentes, que, movidas por la novedad, habían concurrido, les dirigí la palabra haciéndoles ver la terrible pena de dafío que sufre el alma de un condenado en el Infierno.

Acabada mi plática nos retirámos á casa, y después de haber cenado y pasado un rato en fraternal conversación, nos encomendámos al Señor, y buscámos las hamacas para descansar y esperar un nuevo día para proseguir nuestra obra.

No pudímos dormir en toda la noche; un ruido raro que se notaba cerca de la casa nos tuvo en completa vigilia. Nos levantámos muy temprano, y nos enterámos de la causa del ruido. Dos vacas se habían entrado á la cocina, que, como sabe Vuestra Reverencia, está separada de la casa, y pasaron la noche lamiendo unos pedazos ó terrones de sal que habíamos comprado el día anterior; concluyeron con dos libras que era el peso de los terrones.

Ese día, 6, después de haber presenciado unos matrimonios y cantar una Misa á Nuestra Señora del Carmen, empleámos el tiempo en preparar mi viaje para Santa Elena, donde ya debían estar los indios Guahivos que habían quedado de ir allí cuando la luna estuviera pequeña.

Es corriente por aquí al decir que *tres y dos no son cinco*, y yo creo que por algo lo dicen, pues casi todas las cosas suelen salir al contrario de lo que uno piensa, ó no salen como uno desea y ha convenido que se haga. Me habían prometido unos marineros que saldríamos de aquí á las 4 p. m. del

día 6, pero salimos hasta las 8 a. m. del día 7. Me embarqué en un bongo, llevando en mi compañía al Presbítero D. Cristóbal Moreno, que volvía para Tunja, según las órdenes que dejó Vuestra Reverencia, por causa de las fiebres que le atacaron. A las doce arribaron los marineros á una playa inmediata á la desembocadura del caño Carara, en el Meta. Allí prepararon un sancocho que tomamos non apetito, porque es indudable que la necesidad es la mejor salsa.

A las dos emprendimos de nuevo marcha, y pasámos la tarde, ora rezando ó leyendo, ora viendo los saltos de las tominas y oyendo el canto de las aves, ora, en fin, sintiendo las picaduras de los mosquitos y procurando ahuyentarlos. Aquí, como Vuestra Reverencia ha visto, la naturaleza se muestra verdaderamente grande y hermosa, y es cosa triste que esté tan desierto este verdadero paraíso terrenal. A las cinco y media arribaron los marineros á una playa llamada Maremare, donde prepararon un poco de carne á usanza llanera, que nos sirvió de cena; recé después el santo Rosario. Algo más tarde hice mis oraciones de la noche, y me recogí en mi hamaca, que estaba colgada ó guindada, como dicen por aquí, en dos estacas que introdujeron en la arena de la playa.

Pasé la noche entera en un solo sueño. ¡Looado sea el Señor! Cuando á Ella le place no son necesarios al mortal, para su descanso, ni las camas de muelle, ni los blandos colchones, ni las habitaciones que le pongan á cubierto de la intemperie. Una hermosa aurora asomaba en el horizonte cuando yo elevaba mis súplicas al Todopoderoso; me sacaron los marineros de mi recogimiento para darme el chocolate, como preámbulo á nuestra partida. Esta principió después de tomar el chocolate, y no parámos hasta las doce del día, que dió orden el patrón de arribar á la costa de un territorio llamado Montenegro. La comida fue como la del día anterior, y terminada, seguimos navegando sin más novedad que la de haber dejado el anchurroo Meta y entrar en el pacífico río Curciana. Es dicho pacífico, y no me falta razón, porque la

corriente de sus dulces y cristalinas aguas apenas se deja sentir, y sólo el ruido del salto de los peques que en él abundan, interrumpe á veces el silencio que allí reina, y á uno le saca de la contemplación de las grandezas y maravillas obradas por la Diestra del Omnipotente, en las orillas del río. Tres horas llevábamos ya navegando por él y me parecía que acabábamos de entrar en sus aguas. ¡ Tanto encanto ofrece al pobre navegante !

A las seis y media de la tarde arribaron los marineros á una playa distante una hora de la fundación llamada Corozal.

Una idea nos preocupaba en estos días, y era la de que no pudiéramos encontrar bestias para que el doctor Moreno siguiera cuanto antes su viaje en dirección á Tunja, y gracias á Dios Nuestro Señor, en la playa donde arribámos nos encontramos con el propietario de la fundación arriba mencionada, quien, después de haberle expuesto nuestra necesidad, nos alquiló las bestias necesarias. Le dimos las más expresivas gracias, cenámos, nos encomendámos á Dios y ocupámos las hamacas para descansar.

Apenas amaneció el día, me levanté é hice levantar á los marineros para que hicieran el café para poder empezar á navegar lo antes posible y llegar pronto á Santa Elena, porque me había dicho un joven que los Guahivos estaban ya esperando en dicho pueblo hacía tres días.

Apuraron, en efecto, los marineros, y á las cinco y media estábamos ya navegando. Erao grandes mis deseos de llegar á Santa Elena, y los minutos se me hacían horas; mas por fin llegámos á las once y media n. m.

Muchos Guahivos se estaban bañando en el río, cerca del sitio donde parámos, y al verme, todos exclamaron diciendo : ¡ El Padre ! ¡ El Padre ! La alegría entre ellos fue general, según las demostraciones que hacían, y la conversación era animadísima, pero por desgracia aún no los comprendemos.

Largo rato estuve contemplando á aquellas infelices faltos de creencias religiosas y sumidos en la más profunda barbarie. Recogidas las cosas que tratámos en el bongo, nos di-

rigimos á la morada de D. Ricardo Ruiz, á quien encontré repartiendo pedazos de carne á otros muchos salvajes.

Si los corazones de los Guahivos latieron de alegría al vernos, según parecía desprenderse de las manifestaciones que hacían, el de D. Ricardo parecía salir de su centro, pues según me dijo, llevaba ya diez días de estar bregando con el salvajismo de aquellas gentes que habían ya arrasado varios ranchos ó casitas, incitados por un mal cristiano de Santa Elena, y no cesaban, por otra parte, de molestarle con sus exigencias y caprichos.

Después de haber descansado un rato y habernos contado D. Ricardo lo que había tenido que sufrir en aquellos días, tomámos la comida que por casualidad tenía preparada dicho señor, y una vez terminada, tratámos de lo que habíamos de hacer con los infieles. Convínimos en repartirles unas arrobas de sal y algunos objetos de los que trajimos del interior, y así lo hicimos con gran contento de ellos, que no cesaban de decir: "¡Padre bueno! ¡Padre bueno!" Pero no era posible atender á tanta petición y á tanta exigencia como llegaron á hacer, y me sentí mareado con sus voces y gritos. Unos pedían sombreros, otros pantalóns, éstos camisas, aquéllos espuejos, collares, anillos, etc. etc., y aunque traté de contentar á todos, no sé si lo conseguí, porque aunque á todos di algo, no me fue posible dar á cada uno lo que quería. Conseguí por último, no sin trabajo, el que me dejaran solo, y me dirigí á la pequeña iglesia para rezar el santo Rosario y predicar.

Cuando salí de la iglesia me dijeron que fuera á casa de D. Ricardo para cenar, y allí me dirigí y encontré la cena preparada. Estábamos tomando ésta cuando llegaron unas personas para hacernos saber que habían aconsejado á los indios que incendiaran el pueblo, y, sobre todo, que no hicieran caso á los Padres, porque el fin que llevaban era sólo el reunirlos para matarlos á todos juntos con la fuerza armada que tenían preparada para el caso. Yo creí en un principio que esas noticias no tendrían fundamento alguno serio, pero la conducta que observaron desde entonces los capitanes



sardinas, un poco de pan de arroz y una gran totama de agua. Tomado este refrigerio ó piqueta, como por aquí dicen, seguimos nuestra marcha con muchísimo calor y fuerte viento. A las cinco de la tarde pasámos el río Cravo por un punto cercano al sitio que ocupó el antiguo pueblo llamado Guayabal, donde hubo religiosos nuestros, y de donde sacaron los retablos ya destrozados y otras cosas que hay en la iglesia de Orocué, cuando este pueblo se fundó. El frontal de madera del altar mayor y el cáliz con que celebrámos tienen las armas de nuestra Orden.

Poco después de haber pasado el río llegámos á una fundación donde aceptámos la hospitalidad que nos ofrecieron, porque estábamos muy cansados. Pasado algún tiempo nos sirvieron plátanos fritos, una taza de caldo y café, y después de tomar esta cenita me encomendé al Señor y busqué mi hamaca para descansar. Descansé algo, en efecto, pero apenas pude dormir, no sé si por la irritación producida por el calor del día anterior ó por el resaca de la noche.

Durmiendo poco ó mucho, lo cierto es que amaneció un nuevo día, al que di principio visitando dos enfermos que se hallaban próximos á morir. Les hablé para prepararlos á recibir los Sacramentos que podía administrarles, pero parecía que hablaba á piedras..... ¡Qué ignorancia tan grande y tan fatal la de estas gentes, y como consecuencia, qué abandono tan espantoso en lo que hace relación á la otra vida y eterna salvación! Trabajo y no poco me costó el poder hacerles comprender que debían aprovechar la ocasión que se les presentaba para prepararse á tener una buena muerte; pero por fin quiso el Señor, en su misericordia, que se confesaran y recibieran la Extremaunción.

¡Quiera el Señor mandar más operarios que trabajen en esta viña y llegue á producir debidos frutos!

Practicada esta buena obra volví á la casa, donde pasó la noche, y después de haber tomado desayuno, emprendimos nuestra marcha hacia Orocué, á donde llegámos á la una p. m. Mis Hermanos corrieron á mi encuentro y nos dimos un tierno abrazo. No me esperaban, y no había comida pre-

parada, pero una buena señora, al saber que había llegado, mandó una sabrosa sopa que tomé con apetito, dando gracias á Dios por aquel beneficio.

Durante los días de mi ausencia, mis Hermanos no han hecho otra cosa que trabajar cada vez con más celo por salvar almas. El Padre Manuel empleó el tiempo confesando, predicando, enseñando la doctrina y visitando algunas familias con el objeto de ganarlas para nuestro Dueño Crucificado; y el Hermano Isidoro, aunque estaba algo débil por las fiebres, después de sus quehaceres de cocina ha tapado los muchos agujeros que había en la casita, ha hecho una pequeña habitación ó pinza, y aun ha tenido tiempo para enseñar á algunos niños que acudían á casa.

Han sido visitados también en estos días por varios grupos de indios, piñándoles, como á mí, sombrero, pantalón, espejo, etc. etc.

He cumplido con el encargo que nos hizo Vuestra Reverencia, dándole cuenta de lo que hemos hecho. Dios Nuestro Señor le guarda y á nosotros nos dé gracias y celo para llevar al Cielo almas que canten sus misericordias.

FRAY MARCOS BARTOLOMÉ,

De la Compañía.

## VII

### CARTA DÉCIMA

Orocúé, 23 de Marzo de 1891.

Reverendo Padre Fray Ezequiel Moreno.—Bogotá.

Mi amado y respetable Padre :

Di cuenta á Vuestra Reverencia, en mi carta anterior, de todo lo acaecido por aquí hasta el día 14 de Febrero, y voy á proseguir en esta mi relación de trabajos hechos desde aquella fecha hasta hoy.

Todo estaba dispuesto para que el Padre Manuel saliera

de ésta al día 16 de Febrero, con dirección al territorio llamado *El Diamante*, donde, como ya sabe Vuestra Reverencia, residen los indios Sáliva. El territorio está situado á orillas del Meta, y como á dos horas de distancia de Orocué.

Como casi siempre sucede por aquí, no pude realizar el viaje en dicho día, porque las dos personas que se comprometieron á acompañarme no parecieron, faltando á su compromiso. El día 18 fue cuando pude emprender su viaje, en compañía de un indio sáliva que iba para *El Diamante*.

Antes de salir, el Padre Manuel dispuso que yo fuera á Bañancopelado para visitar los indios Gushivos que hay por allí, y el día 19, á las cinco p. m., me embarqué en una pequeña curiara. Apenas había pasado una hora desde mi salida de Orocué, cuando me encontré al Padre Manuel, que iba navegando en otra curiara. Pasámos un corto rato hablando, y nos despedimos suplicando al Señor volviéramos á vernos sin novedad.

Un agudo dolor de muelas que me molestaba no me dejó disfrutar de las bellezas que se ofrecen á la vista por estos sitios, cuando el sol se hunde en el ocaso, y de lo agradable de la temperatura en esa hora. Me acosté en los duros palcos de la curiara, y entrada ya la noche, tomé mi colación, que se redujo á un poco de pan; reeé el santo Rosario, hice mis oraciones de la noche y traté de dormir, pero seguía el dolor y no pude. A las once de la noche los bogadores se acomodaron en la playa para dormir; yo tendí también en la arena una cobija y me acosté, y, gracias á Dios, dormí perfectamente hasta las cuatro de la mañana, que amanecí sin dolor. A la hora dicha tomámos café, é inmediatamente comenzámos á navegar.

Cuando el sol apuntaba por el horizonte é íbamos contemplando su salida, divisámos á lo lejos dos curiaras que avanzaban hacia nosotros. Iban en ellas catorce indios Piapocas, y cuando ya se acercaron y me vieron, exclamaron diciendo: "¡El Padre!" Se acercaron á nuestra embarcación y me suplicaron les diera ropa. No llevaba ropa para darles, pero sí les di algunos objetos caprichosos, ofreciéndome ellos, en cambio, casabe y huevos de tortuga.

A las nueve de la mañana arribámos á la playa, por precisión, porque el viento era muy fuerte y la curiara pequeña, y no era posible navegar sin peligro. Allí tomé un poco de pescado, unos plátanos y una taza de café, y descansámos hasta pasadas las doce. Principiámos á andar con mucho viento aún, y con un sol abrasador; á las cuatro llegámos á la desembocadura del río Guanépalo, en el Meta, y desde ese punto hasta Barrancopelado me distraje con los muchos caimanes que iba viendo.

Media hora antes de llegar á Barrancopelado vi en la orilla opuesta siete Guahivos. ¡Qué imponentes son estas playas solitarias y desiertas, en las que si algo se llega á ver, no es otra cosa que fieras ó salvajes! Sólo la fe y el deseo de corresponder de algún modo al amor de un Dios que no dudó dar su misma vida por nuestro bien, pueden dar aliento para sobrellevar esta clase de vida, llena de privaciones de todo género. Si El sufrió tanto por ganar nuestras almas, razón es que nosotros suframos por secundar sus esfuerzos; este pensamiento da fuerzas y dulcifica todos los trabajos. ¡Lobdo sea ese Dios que nos ha elegido para trabajar con El, y padecer algo por su amor!..... Quédonse para quien lo quiera los deleites y dulzuras de este mundo falaz y mentiroso; nosotros, gracias á nuestro Dios, no deseamos sino morir en medio de estas soledades, rodeados de estos infelices seres hermanos nuestros, redimidos, como nosotros, con la preciosa sangre del Cordero sin mancha!

Llegué, por fin, al deseado sitio de Barrancopelado, sitio ameno y delicioso por la situación que ocupa, pero con pocos casitas de lo que yo esperaba. Sólo encontré cuatro ranchitos, dos de ellos sin gente y los otros dos habitados por los que me acompañaban en la curiara. Por las noticias que nos habían dado, esperaba también encontrar un número algo considerable de Guahivos, pero sólo vi siete. Pregunté por qué no había más, y me contestaron diciendo lo que en otras partes: que habían dicho á los indios que los Padres

llevaban fuerza armada para matarlos, y que por eso habían buído. ¡ Todo eso bien hacen por aquí algunos blancos !

A las seis reuní á los siete indios Guahivos que encontré, les repartí algunos de los objetos que traía y aproveché la ocasión para decirles, por medio de intérprete, que yo no iba á matarlos sino á buscar su dicha y felicidad, y darles á conocer lo que son, lo que deben ser, y el fin glorioso á que están llamados.

Concluida la sesión, cené lo que me dieron, recé después el santo Rosario, me encomendé á Dios con otras oraciones, y me acosté; empero, por una parte, siete perros hambrientos que buscaban algo que comer por el rancho, y por otra, dos niños que no cesaban de llorar, no me dejaron dormir.

La holiceza y encantos con que vino acompañado el nuevo día, disipó la destemplanza que me proporcionó la mala noche. No me caso de repetir que las mafanas son hermosísimas por estos Llanos, por más que no tengo necesidad de decirlo á Vuestra Reverencia, porque ya lo sabe y ha visto lo que son. Pasé el día haciendo apuntes sobre el idioma guahivo, y en recorrer aquellas llanuras inmediatas, y al día siguiente, á las siete a. m., me embarqué para volver á Orocué.

A las ocho y media de la mañana los remeros me señalaron unos indios Guahivos que corrían tras unos patos. Los llamamos, arribámos á la playa donde estaban, y ellos se acercaron á la embarcación. Como el día anterior había aprendido algo de guahivo, les hablé en ese idioma lo que sabía, y ellos manifestaron la mayor alegría al oírme. Les di algunas cosillas, procuré disipar con mi cariño y buen trato los temores que los han hecho concebir, y seguimos nuestro viaje, dejándoles contentísimos.

No saltámos á tierra en ese día para hacer de comer, porque el viento era favorable y queríamos aprovecharlo. Caminamos unos pedacitos de carne y un poco de casabe, y con eso pasámos hasta las seis de la tarde, que arribámos á una playa para pasar la noche. Allí prepararon una cenita, y des-

pués que la tomé me encomendé á Dios y me acosté sobre la arena, rendido y con algo de fiebre; ésta no me dejó dormir por algunos ratos.

Nos levantámos á las cuatro de la mañana, y media hora después principiámos á navegar hacia Orocué, donde llegámos á las diez de la misma mañana. En compañía de mis buenos Hermanos encontré al Reverendo Padre Vela, y á todos di un estrecho abrazo. Le pregunté en el momento por los Padres Jesuitas, y me dijo que seguían sin novedad; bendije al Señor por todo.

Dije antes que el Padre Manuel había salido para el punto donde residen los indios Sálivas. Estos le recibieron y trataron muy bien, y al día siguiente de su llegada pasé con ellos las sabanas de San Juanito y Ruga, y convinieron en formar un pueblito en esta última.

El Reverendo Padre Vela salió de aquí después de haber tenido el gusto de tenerle tres días en casa, y se dirigió á San Pedro de Arimena, donde debía encontrar á los Padres Jesuitas. Nosotros hemos seguido nuestros trabajos en este pueblo, y el 13 de este mes salieron el Padre Manuel y el Hermano Isidoro para hacer algo por los pueblos del pie del cerro, que pedían con instancia el que fuera alguno. Yo me quedé aquí haciendo una Novena al glorioso Patriarca San José, con el objeto de reunir gente en la iglesia y poder dar instrucciones cristianas. Logré, gracias á Dios, que hubiera bastante concurrencia, y el 19 se hizo una solemne función. El 20 comencé á instruir á unos treinta niños y niñas para que el día 1.º de Pasqua hicieran su primera Comunión; el tiempo que me queda lo emplearé en ir preparando esto lo mejor posible para celebrar los Oficios de la Semana Santa.

Ayúdenos á aplicar al Señor para que haga fructuosos los trabajos de su altísimo Hermano y humilde súbdito,

**FRAT MARCOS BARBOLOMÁ,**

*De la Obispa.*

VIII

CARTA UNDÉCIMA

Orocó, 23 de Mayo de 1861.

Reverendo Padre Fray Ezequiel Moreno.--Bogotá.

Respetable y amado Padre :

En mi carta anterior, fecha 20 de Marzo, decía á Vuestra Reverencia que estaba trabajando para que las funciones de Semana Santa se hicieran con el mayor esplendor posible. Pues bien : mientras ponía en juego todos los medios con que contaba para la realización de mis deseos, el demonio, como siempre, trabajaba por medio de los que ciegos le siguen, tratando de convertir los días santos en días de escándalo. Desde el día de Dolores hasta el Miércoles Santo estuvieron á la orden del día los juegos y borracheras con todas sus consecuencias. Las noches eran verdaderamente borracheras, viéndome obligado en algunas á salir de la casita para llamar al orden á los alborotadores : empresa difícil porque estaban todos ebrios.

El Jueves Santo clamé en la iglesia contra tales escándalos en días tan señalados y santos, y además acudí á la autoridad para que no los permitiera. Fui atendido por dicha autoridad y se consiguió mucho con las disposiciones que dió, pero aún hicieron de las suyas los revoltosos por las afueras de la población. Se conoce que era costumbre de pasar los días santos en horrunda bacanal en vez de entregarse al recogimiento y oración. ¡ Desgraciados ! Han estado solos tanto tiempo, y todo lo tenían olvidado y aun alterado y trastornado en sentido contrario al espíritu del Catolicismo.

Uno de los medios de que me valí para atraer gente á las funciones religiosas fue el de suplicar á varias madres que vistieran á sus hijos é hijas, bien de Angeles y Marías, bien

de Guardias para custodia del Santo Sepulcro. Los que aún noservan algo de piedad me ayudaron con limosnas para el alumbrado y otros gastos que hubo que hacer, y los Oficios y Procesiones se hicieron con pompa extraordinaria y por aquí nuevas vistas, siendo lo más consolador el que algunos de los escandalosos en los días anteriores, se tomaran en admiradores de lo que se hacía, y daban las gracias.

El día de Pascua tuve la dicha de dar la primera Comunión á unos treinta niños y niñas, todos elegantemente vestidos, y este acto conmovedor siempre de suyo, amanzado con la recitación de varias poesías por los niños, llenó á todos de alegría santa y dejó los más gratos recuerdos. Por la tarde se hizo una Procesión que fue bella y hermosa por ir en ella los niños y niñas con los trajes de la mañana, y multitud de señas de todas edades y condiciones.

Para que esos recuerdos y santas emociones no se borrran fácilmente, animado por la muy grata y caritosa carta de Vuestra Reverencia, prediqué un sermón exhortando á todos para que unos se asociaran á la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús, otros á la de la Inmaculada Concepción, y otros á la de San Luis Gonzaga, Patrono de la juventud. Apenas concluí el Santo Sacrificio de la Misa tuve el gusto de inscribir el nombre de más de cuarenta personas en la lista de los asociados, y creo que no serán las únicas, pues no tardará mucho tiempo sin que haya numerosas Congregaciones que den los felices resultados que en todas partes dan.

Sólo deseaba yá ver pronto á mis queridos Hermanos, quienes, como le decía en mi anterior, habían ido al pueblo de Pore, y ese deseo lo vi satisfecho el día 8 de Abril. Yo regresaba de una visita que hice al antiguo pueblo Masucoc, donde aún hay huellas de los trabajos de los antiguos Padres, y al llegar á casa tuve el placer de encontrar á mis Hermanos y darles un estrecho abrazo. Excuso pintarles nuestra alegría al vernos reunidos después de veintidós días. El pue-

blo no tuvo menor placer, pues apenas se enteraron de su llegada, fueron muchísimas personas á verlos y saludarlos.

El Padre Manuel no sabia cómo ponderarme las atenciones que les guardaron los vecinos de Pore, Támara y La Trinidad, y el empeño que tenían en que se quedaran con ellos. En todas partes les despidieron con lágrimas y llantos, suplicándoles volvieran pronto á visitarlos. ¡Quiera el Señor mandar pronto operarios, porque imposible es que podamos acudir á tantas necesidades! En la expedición presencié el Padre Manuel quince matrimonios, bautizó cuarenta y cinco niños y confesó todos los días cuanto pudo. Cuando ya estaban preparados para venir á ésta desde La Trinidad, les buscaron para confesar á un enfermo. Salieron de La Trinidad á las doce y media y llegaron á la casa del enfermo á las doce y quince minutos de la noche! ¡Cuánto hace la caridad!

Corto tiempo disfruté de la compañía de mis Hermanos, porque á los dos días de su llegada salí para Barrancopelado. No me detengo á hacer la relación de lo ocurrido en la navegación por el Mita, porque, poco más ó menos, fue lo mismo de lo que ocurrió en el primer viaje que hice á dicho punto.

Llegamos á las doce del día 11, y no encontramos indios; pero una hora después de nuestra llegada nos dijeron que una tribu de Guahivos andaba por las cercanías, y les mandé avisar que vinieran. Llegaron unos veinte, y todos ellos tienen su residencia en las riberas del río Casanara, según me dijeron. En vista de esto, sólo les dije que avisaran á su paso á dos Capitanías, que no muy lejos de nosotros estaban arranchadas. Marcharon, y después de cenar algo y explicar al Dios de las misericordias por aquellos infieles y por nosotros mismos, nos recogimos para descansar.

El día 12, dos horas después de haber salido el sol, se presentaron ante nosotros doscientos indios cargados unos con sus hijos, otros con víveres, y todos con flechas y pidiendo cuanto se les ocurría.

Por entonces no hice más que saludarlos con cariño y decirles que después de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa les daría algunas cosas. A las ocho y media di prin-

cipio al Santo Sacrificio, rodeado de aquella multitud de infieles. Momentos hay en la vida de fuertes emociones, pero pocas comparables á las que experimenta un Misionero católico, con las que yo experimenté durante el Sacrificio que ofrecí al Altísimo en aquel día. No sabía qué decir al Señor para que derramara gracias abundantes sobre aquellos infelices, y luces celestiales que disiparan las tinieblas en que se hallaban envueltos: no encontraba palabras, pero todo se lo decían las lágrimas que en abundancia corrían por mis mejillas. Estaban viendo el acto más colosal que puede imaginarse, estaban presenciando el Sacrificio más grande que puede hacerse, memoria de aquel otro Sacrificio que el Sacerdote Eterno, Jesucristo Nuestro Señor, ofreciera al Eterno Padre para rescatar á todos los hombres, incluso aquellos infelices, y..... aquellos infelices..... nada comprendían de lo que allí se hacía y estaban viendo. ¡Qué pena causaba en mi alma esta consideración! ¡Cómo no había de derramar lágrimas en abundancia!

Terminado el Santo Sacrificio y dadas gracias á Dios, di principio al reparto de los objetos que llevaba, y contentos ellos con las cosas que á cada uno tocaran y satisfechos nosotros de verlos contentos, pasamos aquel día hablando con ellos y proyectando trabajos. Al día siguiente los hombres cortaron palmas y las mujeres limpiaban un pedazo de terreno que desde luego llamamos plaza del pueblo que se iba á formar. Ay! ¡quién pudiera saber cuándo se verían realizados estos deseos! Trabajaron mientras tuvimos algo que darles, pero llegó el día en que decían: "¡*janí pana vieño,*" tenemos hambre! Y... nosotros no teníamos qué darles! ¡Y de dónde sacar! No tenemos sueldo, ni tenemos haciendas: gastamos lo poco que sacamos por los pueblos cristianos (1). Los indios fueron á buscar qué comer, y nosotros volvimos á Orocú en busca también de algunas cosas. Nos cayeron varios aguaceros por el caudaloso Meta, y una de las noches la pasamos

---

(1) El Muy Reverendo Padre Superior Euzebio Merano ha manifestado ya en varias ocurrencias la necesidad de recursos para dar algunos alimentos á los indios que llegan á dar á veces los trabajos por ellos con la dificultad de los Misioneros.

en la arena mojada y debajo de un gran madero, porque llovía. Día y medio no tuvimos otra comida que un poco de carne ya en putrefacción y con algunos gusanos que había que quitar, pero llegamos á un caserío, y ¡ bendito sea Dios ! nos dieron una gallina. Con esta refacción seguimos nuestro viaje, y á las tres y media de la tarde llegamos á Orocué, donde el Padre Manuel nos recibió lleno de gozo, como siempre.

Nada más de particular por hoy. Se despide hasta otra su afectísimo Hermano y súbdito q. b. s. m.

FRAY MARCOS BARTOLOMÉ,

De su Escorial.

## IX

### CARTA DUODÉCIMA

Orocué, 24 de Mayo de 1891.

Muy respetable y pensado Padre Ezequiel:

Contra lo que esperaba y le decía en mi última, me encuentro otra vez en ésta después de haber recibido mi primera lección práctica, predicha ya entonces por el Venerable Padre, sobre los indios.

Salí para Barrancopelado el 7 del presente, según le decía en mi última, y á la mitad del viaje por el Meta me encontré con el Padre Marcos y el Hermano Isidoro que subían en una curiara gobernada por indios Guahivós. Quedé sorprendido al divisarlos, y mil y mil ideas nada halagüeñas se agolparon á mi mente. Mandé que dirigieran mi curiara á la en que ellos venían, y al verlos pálidos y flacos creí habían abandonado aquella Misión por enfermedad; pero, gracias á Dios Nuestro Señor, me engañé, pues si bien habían tenido que sufrir bastante por falta de alimentos, se encontraban bucosos y sanos. El Hermano pasó á mi curiara y con él seguí para Barrancopelado, y el Padre Marcos siguió para Orocué.

Llegué á Barrancopelado en la misma tarde, donde encontré una treinta indios; los otros se habían marchado.

En los días anteriores habían trabajado en el arreglo del terreno donde se había de levantar el nuevo pueblo, y ya tenían techada nuestra casita, pero se habían cansado, porque para ellos es vida más cómoda el andar errantes y cazando reses en las ganaderías.

Los que habían quedado creyeron que yo llevaba ropas y otros objetos como llevó el Padre Marcos, y con la esperanza de que les daría, trabajaron algo al día siguiente, pero cuando vieron que nada podía darles de lo que esperaban, principiaron con su *janipa* (tengo hambre). Pedí carne al hato llamado *Platanal* y me ofrecieron una res; pero ocupados los del hato en recoger ganado, no pudieron traerla pronto, y cuando yo estaba celebrando la Santa Misa, se marcharon los indios que quedaban.

Trabaja se presenta la empresa de reducir á los Guahivos, pero ni desconfío del poder de Dios, ni desmayo por consiguiente: ordinariamente la formación de un pueblo de infieles supone más trabajo y más privaciones de las que llevamos sufridas. Se han marchado diciendo que tenían que buacar qué comer, y que en el verano principiarían de nuevo los trabajos en el pueblo. Yo lo dudo, porque en ese tiempo es cuando más corren.

Los días que estuve con ellos los pasé en el bosque, en su compañía, cortando maderas y palmas, y riéndome mucho con ellas. Algunas cosas me sucedieron dignas de notarse, pero no tengo tiempo para relatarlas porque el correo va á marchar.

Hemos sentido mucho la muerte de nuestro Padre Guahino y la del Ilustrísimo Señor Arzobispo Velasco, pero nos consolamos con el pensamiento y la esperanza de que ambos rogarán por nosotros en el Cielo.

Ahora, apenas pasa la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, que pensamos celebrar con la mayor pompa posible, principiaremos á trabajar con los indios Sálivas en un punto yá destinado para formar un pueblecito. Estos se encuentran

muy bien dispuestos y casi todos en su mayor parte, pero el enemigo común de las almas trabaja lo que pueda porque la obra no se realice, y no vale nada menos que de una de las autoridades de dichos indios, quien no ve más que imposibles en todo lo que se trata de hacer. Dios Nuestro Señor hará el papel principal en la empresa, y ya le daré cuenta de lo que suceda.

Hemos sentido mucho al que no vuelva el señor Arias, Administrador de la Aduana aquí establecida, porque era un buen compañero; pero se mitiga el sentimiento si le reemplaza en el cargo el señor Muelle, quien, como ya sabe, es también un buen amigo y persona formalísima y apreciable.

Saluda de nuestra parte á todos los Reverendos Hermanos y personas conocidas, y Vuestra Reverencia reciba los respetos y cariños de sus súbditos y Hermanos en nuestro Gran Padre San Agustín.

FRAY MANUEL FERNÁNDEZ,

De San José.

## X

### CARTA DÉCIMA TERCERA

Orcoquí, 15 de Junio de 1891.

Reverendo Padre Fray Ezequiel Moreno.—Bogotá.

Querido y respetado Padre:

Nos vamos confirmando cada vez más en lo que Vos nos repetís tantas veces, esto es: que la reducción de indios no es obra de un día, y que exige mucha constancia, mucha paciencia y mucha caridad. Fui á Barrancopelado con el Hermano Isidoro y hallámonos aquello de cierto; se habían marchado todos los indios. No teniendo qué hacer allí, marchámonos al día siguiente al hato llamado *Platanal*, donde estuvimos dos días y volvímonos de nuevo á Barrancopel-

lado. Dos ó tres horas después de nuestra llegada vinieron más de cien indios cargados de casabe. Mi corazón rebosó de alegría cuando vi que eran los mismos que había tenido otras veces en mi compañía. Los saludamos mutua y cariñosamente, y habiéndoles preguntado ¿por qué se habían marchado? me dijeron que habían ido á buscar qué comer, porque no tenían.

Cansado como estaba, me entregué al sueño, contento con la idea de que estaba de nuevo entre los indios. Al siguiente día les repartí algunas topsas, y los hombres fueron á cortar palmas y bejuco para terminar un rancho que estamos haciendo. Los dos primeros días trabajaron con gran entusiasmo, pero éste fue desapareciendo poco á poco, hasta que lo fue casi por completo. No hay que extrañar esto, porque no tienen hábitos de trabajo, siendo como son tribus errantes que viven sin trabajar y su mantención de lo que encuentran al paso. Sin embargo, después de quince días tuvimos la satisfacción de ver ya cubierta nuestra casita, y dar principio á otras que servirán para ellos y que serán como lazos que los sujeten algo.

Temiendo que los indios desaparecieran de nuevo, cuando menos se pensara, para ir en busca de comida, yo adelanté mi viaje á Orocué para comprar pescadillas y ñaerías. Me embarqué, pues, llevando de remeros á tres de ellos, ¿quién lo había de pensar! A las cuatro de la tarde tuvimos el gran placer de encontrarnos con el Padre Manuel en medio del caudaloso Meta. Allí se resolvió el que yo subiera á Orocué, y que el Hermano Laidoro se volviera con él á Bartencopelado para que le ayudara á misa ó hiciera compañía. Nos despedimos, y á las dos horas arribé con mis indios á una playa donde pasamos la noche. Al día siguiente navegámos doce horas y pasamos la noche en *El Diamante*, punto ó sitio donde el Padre Manuel trazó un pueblo para la tribu Sáлива durante nuestra ausencia.

Llegué á Orocué á la mañana siguiente, y como era domingo mandé tocar á Misa, y celebré.

Hemos hecho ya bastantes apuntes sobre el idioma gua-

hizo para formar algo de gramática que pueda servir á los nuevos Misioneros que lleguen á compartir con nosotros los trabajos. Así nos lo ordenó Vuestra Reverencia, y eso ha bastado para que hayamos hecho lo que se ha podido en ese sentido.

Concluyo ésta diciendo lo poco que he podido observar respecto de algunas costumbres de estos indios. Todos sus contratiempos los atribuyen á agüeros y hechicerías. Sus medicinas consisten, principalmente, en soplar al paciente. Cuando alguno rinde tributo á la muerte lo entierran con todas sus cosas y hasta con el perro, si lo tienen. A los tres días sacan el cadáver y lo vuelven á enterrar. Tres meses después lo sacan otra vez y entonces lo queman, reservando parte de las cenizas y echando al río las restantes.

Saló al correo, y se despida hasta otra su Hermano q. b. a. m.

FRAY MARCOS BARTOLOMÉ,

De la Obispat.

## XI

### CARTA DECIMACUARTA

Orizaba, 25 de Agosto de 1861.

Reverendo Padre Fray Ezequiel Moreno.--Bogotá.

Respetable y querido Padre :

Doce días habían pasado desde que encontré al Padre Manuel en el Meta, cuando tuve el placer de abrazarlos en ésta. Me refirieron lo mismo que el Padre Manuel dijo á Vuestra Reverencia en carta fechada el 24 de Mayo, y no tengo para qué repetirlo. ¡Qué paciencia y qué caridad se necesitan para trabajar en estas empresas! Sólo Dios puede conceder tales virtudes, y así lo hace en su misericordia.

Después de la venida de los Padres, como no era fácil salir, por el tiempo en extremo lluvioso, hemos trabajado en esta población procurando establecer la Asociación del Sa-

grado Corazón de Jesús. Se ha conseguido mucho, si se atiende al abandono religioso en que han estado estas gentes, privadas de la presencia de un sacerdote. El día del Sagrado Corazón de Jesús comulgaron más de setenta nuevos asociados. ¡Alabanza y bendición al Corazón Sagrado!

El día 26 de Junio llegó una persona en solicitud de uno de nosotros para ir á *Mata de Palma* á confesar una enferma. Es un caserío situado algo al interior, á tanta distancia de Barrancopelado como está éste de Orocoó. Marchó el Padre Manuel con el Hermano Isidoro, quedando yo en ésta por haber otro enfermo grave, y por la urgencia de trabajar entre estas gentes, que tanto lo necesitan.

A los catorce días de la salida del Padre Manuel se presentaron tres indios y me entregaron una carta, de la que deduje que el Hermano Isidoro estaba enfermo. Les di medicinas y comestibles, y los mandé volver. Estuve esperando nuevas noticias de mis queridos Hermanos, y las obtuve de ellos mismos, quienes llegaron á ésta el día 15 de Julio.

Después de que visitaron y auxiliaron al enfermo, fueron á Barrancopelado, donde dieron algunos alimentos á los indios y sembraron algunas semillas, cuyo producto aprovecharemos más tarde.

Era víspera de Nuestra Señora del Carmen cuando llegó el Padre Manuel, encontrando las calles engalanadas con banderas que indicaban ó anunciaban la fiesta del día siguiente.

A las seis de la tarde, después de que habían reposado algo, cantámos solennes vísperas. A las nueve de la noche hubo fuegos artificiales, y en la mañana siguiente, desde muy temprano, estuvimos confesando y dando comunión. A las nueve se cantó la misa solenne con sermón, y bastante concurrencia. A las cuatro de la tarde se dio principio á una función en la que algunos niños, preparados por nosotros, recitaron poesías y discursitos á la Virgen, llenando de alegría al numeroso concurso que los oía.

El día 22 dispuso el Padre Manuel que saliera para Barrancopelado. Salí en compañía del Hermano Isidoro; llegámos sin novedad, y allí permanecimos días y nueve días

haciendo apuntes del idioma, levantando una casa para los indios y apaciguando á éstos, que querían huir por temor á una guerra que creían les declarara otra Capitanía, según noticias que decían haber recibido. No pudimos estar más con ellos porque nos llegó la noticia de que el Padre Manuel se hallaba gravemente enfermo. Partimos, pues, inmediatamente, pero una especial necesidad no nos permitió llegar tan pronto como deseábamos. A la mitad del viaje, el que hacía de patrón de nuestro pequeño barco me dijo que un indio se estaba muriendo frente al sitio por donde pasábamos. Hice dirigir la embarcación á la orilla y desembarcámos en el sitio donde estaba el enfermo.

Sóla la caridad cristiana pudo hacer que me internara en aquel espesísimo bosque, porque allí se hallaban tres indios á quienes reprendí en Barrancopelado por haber ido á perturbar á los indios de dicho punto con cuentos de guerra entre ellos, y tanta alguna venganza. Gracias á Dios, nada me sucedió, antes me acompañaron hasta el rancho del enfermo. Instruí á éste en cuanto pude, y le bauticé; á las cuatro de la tarde del día 8 de Agosto me despedía de esa multitud de salvajes, y me acompañaron hasta la playa. Navegámos aún unas tres horas, y pernoctámos en las playas de un sitio que llaman Caracaro. Un fuerte aguacero nos hizo abandonar la playa y meternos en la embarcación. Al día siguiente navegámos todo el día y pasámos la noche en Maporita. Partimos de este punto al siguiente día muy temprano, y á la una p. m. entrámos en Orocué, donde encontrámos al Padre Manuel fuera de peligro, aunque débil y debilitado. Al vernos se reanimó y fue cobrando fuerzas visiblemente.

Cuatro días solamente llevaba en Orocué cuando el Padre Manuel, en vista de su mejoría, dispuso que yo subiera á San Pedro de Arimena á comprar una embarcación para nuestros viajes. Me embarqué el 11 de Agosto, llegué el 13 y permanecí allí tres días sin haber podido lograr mi objeto, porque me pidieron mucha plata por la embarcación y yo no podía darla.

Salí de San Pedro á la una p. m. del día 16, y llegué á las siete de la noche, sorprendiendo á mis Hermanos, que no me esperaban tan pronto. Encontré al Padre Manuel bastante repuesto, y por todo dímos gracias á Dios.

Nada más tengo que decirles en ésta. Reciba los afectos de todos sus Hermanos en nuestro Gran Padre San Agustín.

FRAY MARCOS BARTOLOMÉ,

De la Soledad.

## XII

### CARTA DECIMAQUINTA

Orocúé, 7 de Septiembre de 1802.

Reverendo Padre Fray Esaquiel Moreno.--Bogotá.

Mi estimado y respetado Padre :

Hacia ya más de año y medio que Vuestra Reverencia nos había dejado por estas inmensidades sólo al amparo de la divina Providencia, y más de una vez, al considerar cuánto bien se podría hacer á las almas si hubiese más obreros evangélicos, suplicámos con instancias el Omnipotente enviara cuanto antes nuevos Misioneros que nos acompañaran en estas soledades y nos ayudaran en el gran trabajo que sobre nosotros pesaba, teniendo que atender á tantas necesidades espirituales que por aquí se presentan. Nuestras oraciones fueron oídas, y el 27 de Junio tuvimos el sumo placer de estrechar entre nuestros brazos á los nuevos Misioneros que con tantos deseos estábamos esperando.

Los habitantes de Orocúé también se alegraron con la llegada de los Misioneros y manifestaron su regocijo recibéndolos con arcos, música y cohetes. Los Reverendos Padres correspondieron, por su parte, dando á todos muestras de gratitud y afecto, y después se dirigieron al templo, donde entonaron un himno entusiasta de acción de gracias á la Gran

Emperatriz de Cielos y tierra, hitano que conmovió á todos los concurrentes.

En carta que escribí á Vuestra Reverencia, antes de la llegada de los Padres, le decía que me aguardaban en Barrancopelado más de cuatrocientos indios. Esta noticia fue para mí todo lo agradable que pueda figurarse. Partí, pues, contento para dicho punto, y, una vez entre los indios, los animé á hacer casas y cocucos con el objeto de que les sirviera como de lazos que les tuvieran sujetos en el mencionado lugar, y así poder instruirlos en las verdades de nuestra Religión sacramental. Trabajaron algo, pero á los dos meses se marcharon casi todos, por la costumbre de andar errantes de un punto á otro, y sobre todo por la necesidad de buscar que comer, porque á nosotros se nos acabaron los recursos y no teníamos qué darles. Quedámos acompañados solamente de algunas familias, y seguimos haciendo apuntes sobre el idioma guahivo.

A la llegada de los Padres fuimos á Orocuá, y después que descansaron unos días, bajamos todos á Barrancopelado, donde estuvimos trabajando durante un mes con una Capitania de Guahivos. Embarraron las casas que interiormente se construyeron, é hicieron otras cosas, pero faltaron de nuevo los recursos y se volvieron á marchar: recursos, pues, es lo que necesitamos para formar esas y otras poblaciones. Hay que convenir en que debe atenderse á los indios en lo relativo á la vida material, mientras ellos no siembren y puedan coger sus primeras cosechas; y esto no se logrará si no contamos con recursos para tener á aquéllos en nuestra compañía y hacerles comprender las grandes verdades de nuestra fe, únicas especies de poder habituarlos al trabajo y á la vida social.

Lástima, Padre, verdadera lástima da el ver á estos desgraciados indios sufriendo indeciblemente en lo que hace á la vida material, y envueltos en los más lamentables errores respecto á la vida espiritual. Víctimas de la tiranía del enemigo común de la humanidad, tienen la inmensa desgracia de adorarle y rendirle culto reverente del modo más triste.

Voy á decir algo sobre esto y otras costumbres de ellos, sólo por satisfacer los deseos que Vuestra Reverencia nos ha manifestado de que consignemos todo lo que podamos observar relativo á sus costumbres y usos.

He dicho que estos indios tributan culto al demonio, y, según las noticias que hemos podido adquirir, proceden á ello de la manera siguiente: uno de los indios más ancianos, llamado Niguiti Pajá, se embriaga con la bebida llamada *yopo*; después de fuertes resoplidos y horripilantes gritos, é inmediatamente se oculta para ir en busca del demonio. A poco rato se presenta en compañía de un personaje á quien los indios llaman unas veces Dios y otras diablo, según la forma en que aparezca. Le llaman Dios, si viene vestido cual elegante caballero, con levita, pantalón, sombrero, guantes, botines, y con poblada barba; y diablo, cuando se muestra tal como ordinariamente le vemos pintado ó figurado: negro como el carbón, con dos cuernos y cola ó rabo. Apenas llega, manda que le preparen un *atimolorro*, en el cual se coloca y mece, y así da sus infernales instrucciones. Mientras él habla, indios é indias están arrodillados con el más grande respeto y profundo silencio, y cuando desaparece quedan sumidos en la mayor tristeza, y no comen ni beben por espacio de dos ó tres días.

Adoctrinados los infelices indios por tal maestro, fácil es comprender que se han de hallar envueltos en los vicios más repugnantes. Roban, matan, se embriagan con frecuencia y se entregan á una completa coisidad, especialmente los hombres, quienes echan todo el peso del trabajo sobre las mujeres. Estas, al considerar su triste vida, llegan en su desesperación hasta dar muerte á sus propias hijas para que no lleguen á sufrir lo que ellas sufren. Yo conozco á dos indias que así lo han hecho con varias de sus hijas, y esto parece ser corriente entre ellas. Una cualidad buena, sin embargo, hemos observado entre estos indios, y es la consideración que mutuamente hay entre ellos, y que consiste en re-

partir lo que cada uno tiene relativo al sustento. Si alguno ha sido afortunado en la caza ó en la pesca, inmediatamente lo reparten entre todos. Tienen sus fiestas en la época de la recolección cuando siembran algo, y las celebran del modo siguiente: preparan de antemano una ó dos canoas de una especie de guarapo llamado *yicars*; beben de esa licor hasta embriagarse, y en ese estado gritan, bailan, riñen, etc. etc. Concluyen las fiestas del modo más raro: algunos indios ya designados toman en las manos unas madejas de cumare y con ellas castigan á todos por orden de antigüedad, y si alguno de los castigados se enristece ó llora, le castigan más y con más rigor. Hacen esto, dicen, para hacerlos más fuertes y para purgar los pecados cometidos durante el año.

Sus entierros los hacen de esta manera: una vez que el paciente ha exhalado el último suspiro, rodean todos el cadáver, y postrados en tierra le lloran todo un día. Después rompen los arcos y flechas del finado y matan su perro. Al día siguiente colocan el cadáver en un *chinchorro* y lo llevan al sepulcro, y colocando una pequeña estera debajo del cadáver y otra encima, lo cubren de tierra. Sobre ésta ponen calabazas mojadas en agua para que el espíritu coma durante la noche. Pasado algún tiempo desentierran el cadáver, lo queman y las cenizas las echan al río, para que así, dicen, no padezca. Con el perro del difunto hacen cosa parecida.

¡A quién, pues, no se le parte el corazón de pena y de lástima al tener conocimiento de la barbarie en que viven estos desgraciados descendientes de Adán? Ah! Y no es esto sólo; más adelante ó en otra ocasión, Dios mediante, podremos decirle otras cosas acerca del estado deplorable en que se hallan estos pobres indios.

Termino esta carta suareciendo al Gobierno echo una mirada sobre esta comarca y se interese por ella. Muchas son las obligaciones que pesan sobre éste, pero una de las mayores para un Gobierno cristiano es, sin duda alguna, la de atender á la conversión de los infieles y secundar los esfuerzos y sacrificios de los Misioneros.

Igualmente encarezco á todas las almas piadosas pidan frecuentemente y con fervor á nuestro buen Dios para que nos proporcione los medios necesarios, y poder realizar la grande obra de la conversión de los infieles de Casanra.

FRAY MARCOS BARTOLOMÉ,

De la Orden.

---